



A tardecer

a tu

lado

Elizabeth Ellis

Selecta 

Atardecer a tu lado

Elizabeth Ellis

Selecta

Cualquier similitud con la realidad es solo coincidencia.

Todo lo aquí acontecido es ficticio, aunque está enmarcado dentro de un contexto contemporáneo del cual me valgo para darle sensación de veracidad a la historia narrada. Tanto los personajes así como algunos lugares son inventados. De la misma manera los diálogos y demás estructura de la obra literaria aquí representada.

Nota de la autora

Amigas y amigos lectores...

Muchas gracias por la confianza que me brindan al elegir leer mis historias.

Y esta en particular me ha enredado en cuestiones que no sabía si podría resolver, pues es la primera vez que los protagonistas me complican la existencia. Me ha costado lo mío darle forma a esta historia, siempre con mucho respeto en relación con las circunstancias que rodean la trama. Y, aunque me falte la experiencia, tengo sobrados ejemplos de la vida diaria de los que he aprendido mucho sobre el amor. Y si algo me ha quedado grabado a fuego, sin temor a equivocarme, es que este no tiene edad.

Solo es amor.

Así que aquí les dejo la historia de Jeremy y Sienna, esperando que puedan disfrutarla.

Un abrazo en las letras.

Elizabeth Ellis

A quienes creen que no hay un tiempo para amar...

Cuando la noche nos avasalla...

La luz no tarda en llegar.

E. E.

Prólogo

La luz de la luna se filtraba por la ventana iluminando las aspas que giraban con lentitud creando un suave murmullo que la arrullaba en las horas de sueño. Las sombras parecían danzar en la pared y el aire fresco era un remanso para su piel. Sin embargo, estaba abstraída en sus pensamientos. Cuando decidía algo no tenía por costumbre retractarse, pero la duda la asaltaba. Y esa sensación de inseguridad la aplastaba. Aunque, siendo sincera consigo misma, debía admitir que su vida estaba allí y que no quería marcharse, empero era necesario para su estabilidad emocional.

Había aceptado, tiempo atrás, que estaba enamorada de ese hombre que ni siquiera sabía que existía como mujer. Era una eficiente empleada, y eso no le molestaba, pero le hubiese encantado que reparara en ella como lo hacía con las demás. No quería hacer con él lo que él hacía con las demás... o sí. ¡Dios! ¡Quería a ese hombre! Había aprendido a quererlo a través de los años. Era una gran persona y sabía que esa fachada de seductor empedernido era resultado de la soledad que albergaba su corazón. Y, aunque era un hombre cauto, se había desmelenado varios años atrás. Y ella estaba segura de que algo había ocurrido para que semejante cambio obrara en él de la noche a la mañana. Sin

embargo, ella estaba enamorada del hombre bondadoso y del padre ejemplar. Lo quería bien y por eso le hacía daño verlo todos los días y anhelar algo más... algo que nunca vendría. Y si a eso le sumaba el hecho de que el señor tuviera el tupé de pedirle que atendiera y se deshiciera de sus conquistas de una noche, podríamos decir que Jeremy Moore había tocado fondo y ella no estaba dispuesta a rebajarse por nadie. Estaba cansada y desilusionada. Tal vez no estuviera realmente enamorada de ese imbécil y lo más probable es que fuera un espejismo ya que en Wixon Valley no había muchos hombres y Jeremy se le antojaba irresistible.

¡No! No se había equivocado, era el momento justo de marcharse; él ya sabría cómo desenvolverse solo y tal vez dejara de ser tan disoluto.

Suspiró.

A pesar de las dudas que la invadían, ya no podía retractarse, pues había dejado su renuncia firmada sobre el escritorio, y en la mañana él lo sabría.

Había peleado internamente consigo misma sobre si seguir viviendo en Wixon Valley o hacer las maletas y marcharse. Sin embargo, su corazón volvió a ganar la partida y no por Jeremy. Otro amor la retenía allí... su amor de madre.

Debía conseguir un trabajo en Bryan y seguir adelante.

Toda su vida se había resumido en mirar hacia adelante y avanzar.

¿Por qué iba a detenerse ahora?

Si frenaba corría el riesgo de ahogarse en su dolor.

Había logrado cierta estabilidad emocional que no debía perder.

Lo mejor era asumir que estaba sola. Que ese hecho no cambiaría. Y que de lejos, también podía disfrutar del amor.

Volvió a suspirar.

Las aspas, ahora, se le antojaron enormes brazos que la engullían en una oscuridad de la cual no había retorno.

Sonrió.

Había abrazado esa oscuridad treinta años atrás y la claridad era una ilusión.

No sabía la razón, pero estaba molesto. La luz de la luna no dejaba de fastidiarle los ojos, y esa sensación de que algo sucedería lo inquietaba sobremanera. Las sábanas le fastidiaban y no era que la cama fuera incómoda, sino la compañía. Ya ni sabía la razón de por qué seguía acostándose con Louisa, Martha o la que fuera. Follar se había convertido en un mero ejercicio físico. Un acto mecánico que le hacía creer, falsamente, que no envejecía.

Sonrió con ironía.

De todas maneras, no estaba haciendo nada malo, era viudo.

¡Viudo!

Viudo...

Se cubrió el rostro con sus manos.

Debía decirles la verdad a sus hijos. Era dolorosa, pero era la verdad. O tal vez no. O tal vez sí. Si decidía que sí, entonces debía hacerlo antes de morir. Tampoco era que iba a morir ahora, o por lo menos eso esperaba, pero era una realidad que, para morir, solo se necesitaba estar vivo; y él ya tenía sus cincuenta y siete años bien vividos.

Les debía esa verdad a sus hijos. Y lo haría, solo tenía que reunir un poco más de valor.

¡Valor!

Era un cobarde. Podía revolcarse con cualquiera, pero no podía decirle a la mujer que amaba esas dos palabras tan pequeñas, pero significativas: «te amo». Era verla e inhibirse. Es que su

personalidad era tan avasalladora que él no tenía ni una oportunidad con ella.

De todas maneras, debía dejar de frecuentar mujeres en el pueblo y buscarlas en la ciudad o dejar de hacer esas idioteces de adolescentes.

Sería lo más sano.

Miró a su compañera de cama. Esa sería la última vez, y cuando él tomaba una decisión, la mantenía. Era un hombre ecuánime, con claro sentido de la realidad. Honesto y un poco pagado de sí mismo, es que la genética lo había dotado con una beldad natural que le permitía esgrimir esa seguridad que lo precedía, pero si eso le hubiera faltado, su personalidad avasalladora eclipsaba a cualquiera. Es que era de esos tipos que tenía la palabra justa para el momento indicado, y sabía cómo abordar a las personas para hechizarlas. Su encanto nunca fallaba, hasta que la conoció a ella, y todas sus tácticas se le hicieron aguas... Todas a sus pies, menos ella.

Ella lo volvía loco, pero era muy consciente de que no estaba a su altura. Todo en él era fachada, cáscara que se resquebrajaba cuando ella lo miraba. Y ella lo miraba como si él hubiera hecho algo malo. Muy malo. Desde que la conocía —y de eso había transcurrido mucho tiempo, ya que trabajaba para él desde hacía diecisiete años—, nunca le había obsequiado una mirada que le permitiera avanzar; una mirada que le demostrara que él podía arar en su campo. ¡Nada! Todas eran miradas reprobatorias. Como si él siempre hiciera todo mal.

¡Dios! Lo volvía loco. Ella era...

Ni siquiera se atrevía a nombrarla, porque hacerlo sería aceptar que estaba enamorado y su vida sería un infierno. Ya lo era. Estaba hastiado de la vida miserable que llevaba.

Resopló.

Se vistió. Y se fue con la firme convicción de cambiar. Por él mismo.

Porque él se merecía algo bueno.

Ya era suficiente.

Debía afrontar el hecho de que estaba enamorado.

Se montó en su camioneta y regresó al rancho.

En la mañana resolvería de qué manera hablar con ella...

¡Mierda! No sabía qué diantres hacer.

Era patético.

No podía creer que a esa edad no se animara a hablar de amor con una mujer.

Lo mejor era cortar por lo sano y tantear el terreno.

Si encontraba las palabras adecuadas sabría si ella albergaba algún interés en él o no, después de todo no perdía nada con intentarlo.

Dirimiendo lo que haría, llegó al rancho.

Se duchó y se acostó.

Le quedaban cuatro horas antes del amanecer.

La mañana lo recibió con renovado entusiasmo.

Se vistió y desayunó con el ejército de ancianas que vivían con él. Su madre, Maggie, la amiga de esta, Maddie, y Lilia, que había trabajado toda su vida en el rancho, rondaban los setenta y siete años, por lo que él se sentía muy joven al lado de ellas. Sus hijos se habían marchado; Aaron vivía en Nueva York y Helena en College Station. Así que su soledad y él habitaban el rancho trabajando día y noche, por lo que este sería uno de esos días en que se mataría trabajando para no pensar. Debía arrear las vacas desde el norte

hasta el corral de vacunación, verificar la construcción de la cerca sur del día anterior, reunirse por negocios con un inversor del oeste y pasarle a Sienna, su secretaria, la lista de los insumos del próximo mes.

Con la cabeza puesta en los mercados llegó a la oficina; descendió de su cuatro por cuatro y advirtió que todo estaba cerrado. Miró su reloj pulsera y con asombro advirtió que la aguja pequeña oscilaba entre el ocho y el nueve mientras que la grande estaba clavada en el cuatro. Eran las ocho y veinte de la mañana y todas las ventanas estaban cerradas, al igual que la puerta, cuyo picaporte no cedía al agarre de Jeremy.

¿Y Sienna?

Ella siempre era puntual.

Rebuscó en sus bolsillos sin éxito. La llave no estaba.

Regresó a la camioneta, pero allí tampoco estaba.

Resopló.

Sienna siempre llegaba antes de las ocho. ¡Mucho antes! Por esa razón lo había encontrado una vez allí con una de sus conquistas. De pronto recordó qué había sucedido con sus llaves: las había arrojado al lago de su rancho, ese que estaba cerca del bosque. Cerró los ojos de pura frustración. Luego de que Sienna lo encontrara con Louisa se había enojado tanto consigo mismo que, en un acto de bronca, las había aventado al fondo del lago. Es que ese día había sido el peor de su vida. La poca empatía que tenían se había hecho añicos por su estupidez. Y, desde ese entonces, todo había ido en declive.

Volvió a mirar su reloj.

A las nueve había programada una reunión con un nuevo comprador de reses y todos los papeles que precisaba estaban allí dentro.

¿Estaría enferma?

Suspiró.

Iría a su casa.

Caminó y en nada estuvo allí, ya que la vivienda se encontraba solo a una cuadra.

Golpeó con suavidad la puerta una vez y luego otra. A la tercera Sienna apareció delante de él vestida con un camisón rojo a medio muslo, de tirantes y escotado, con una bata que lo adornaba a los costados. Una lencería que de inocente no tenía nada.

—¿Jeremy? —A las claras la mujer estaba sorprendida de verlo allí. Se cubrió con la bata, si es que eso cubría algo.

—¿Estás bien? —preguntó él intentando no mirar demasiado. Y ella, viendo su incomodidad, cerró aún más su bata y la anudó con fuerza.

—Perfecta. He dormido más de lo habitual y es un día precioso. ¿Qué necesitas?

—¿Que vayas al trabajo? —dijo él enarcando una de sus cejas.

—¿Qué trabajo? —Ella entrecerró sus ojos.

—¡Sienna, por Dios! Llego a la oficina y encuentro todo cerrado y mis llaves las he perdido. —Ni loco le decía que las había aventado al lago—. Pensé que estabas enferma o algo así. ¡Nunca faltas!

—No he faltado...

—¿Cómo que no? ¡Estás aquí! Y... —con su mano la señaló de arriba abajo— así. Ni te has dado cuenta de la hora que es. Tengo una reunión a las nueve y...

—Sé qué hora es... ¿Cuál es el problema, Jeremy? —preguntó ella un tanto enojada y él captó ese cambio de humor.

—Necesito entrar a la oficina.

Sienna le cerró la puerta en las narices y segundos después volvió a abrir.

—Aquí tienes las llaves. No tienes que devolvérmelas.

—No entiendo...

—La que no entiende soy yo, porque no sé qué es lo que no entiendes. Eres inteligente, no eres sordo y sabes leer. ¿Qué no entiendes?!

—Por qué no vas a trabajar hoy y por qué no quieres que te regrese las llaves. Llaves que necesitarás mañana para abrir la oficina. Por lo que veo, hoy te tomarás el día libre.

—Ya lo decía mi abuela, no hay peor ciego que el que no quiere ver... —Y Sienna comprendió, al ver su mirada confundida, que debía repetirle todo lo que le había dicho el día anterior y que era evidente que no había escuchado, no porque fuera sordo, sino por no reparar en ella—. Ayer por la tarde te he dicho que no trabajaré más para ti. Te he presentado la carta de renuncia y me pediste que la dejara sobre el escritorio. Allí debe de estar.

—¿Qué? —Jeremy no salía de su asombro.

—No quiero seguir trabajando contigo. No me siento bien a tu lado.

—Es por...

—Simplemente no quiero.

—No puedes renunciar.

—¿Por qué? —Una sonrisa irónica brotó de sus labios.

Jeremy la miró con profundo pesar. Su cerebro procesando a mil... «Porque te amo. Porque no sé vivir sin ti. Tu sonrisa y tu voz son todo lo que quiero oír al despertar y llego con ansias a la oficina solo porque sé que tú estarás allí. Aprendí a amarte en silencio. Nuestras charlas... Tu mano sobre la mía cada vez que coincidimos en coger lo mismo. O cuando peleamos por los sacramentos con membrillo. Todas y cada una de las veces que nos hemos quedado hasta la madrugada intentando que los presupuestos cierren... esas

han sido mis mejores noches. A tu lado. Voy a volverme loco sin ti». Eso era lo que Jeremy anhelaba decirle, pero no se animó. No pudo. En su lugar, el silencio lo invadió.

—Ni siquiera sabes por qué —dijo ella ante el silencio de él—. Adiós, Jeremy.

Cerró la puerta y se refugió en su habitación.

Era hora de pasar página, aunque doliera.

Jeremy Moore sintió que su mundo se derrumbaba.

Se quedó mirando la puerta por varios minutos.

Tenía el físico y la fuerza para derrumbarla, pero no las agallas.

Era un cobarde.

Le daba miedo expresar sus sentimientos.

Miedo a ser rechazado. Y es que había un noventa por ciento de posibilidades de que ella lo hiciera. De un tiempo a esa parte él se había portado muy mal y sabía que ella reprobaba sus actitudes y sus actos y, sin embargo, él no había claudicado. Seguía en sus trece saliendo con quien le pintara, como si fuese un adolescente. ¡Dios! ¡Era un hombre! ¡Un hombre mayor que debía enfrentar sus miedos y sus fantasmas y luchar por lo que quería!

Ese era el momento.

Golpeó la puerta otra vez. Y tres veces más hasta que Sienna le abrió.

Ella volvió a sorprenderse al verlo allí.

—No puedes irte. —El tono de su voz era categórico.

—¿Por qué? —insistió ella.

—Porque... no sé administrar el rancho sin ti. —Sienna sonrió. Sus ojos se detuvieron en los de él. Ambas miradas sostenidas una por la otra. El sibilante sonido de la brisa veraniega los envolvía.

—Has hecho todo solo. No me necesitas.

—Te necesito —susurró él.

—No.

Y sin dejar de mirarlo cerró la puerta.

Se apoyó en ella y las lágrimas, silenciosas, se adueñaron de su rostro.

Dolía, pero el momento de poner punto final había llegado.

Jeremy, inmóvil, contemplaba aquella puerta que lo separaba de ella.

No era la puerta. Era él.

Él y su estúpida cobardía, esa que no sabía cuándo le había ganado terreno.

Dio media vuelta y regresó a la oficina.

Su vida estaba a punto de cambiar, pues ya no sería lo mismo sin Sienna.

Sonrió.

Recordaba perfectamente el día en que la conoció. Él tenía unos cuarenta años y ella era una mujer joven a quien el hijo de Jeremy, Aaron, la había contratado como secretaria para la nueva oficina que llevaría los asuntos del rancho.

¡Dios! Había quedado hipnotizado por su belleza. Sienna tenía veintinueve años y eso la convirtió en intocable. Y a medida que fue conociéndola se fue enamorando más y más de aquella muchacha que era toda una mujer. Se notaba que conocía el mundo y tenía ese sexto sentido para darse cuenta de las intenciones de las personas. Y si bien sabía que Aaron la había contratado en Bryan, y que ella decía que era de Abilene, Jeremy intuía que había más. Se le notaba que su escuela había sido la calle. Sin embargo, y a pesar de todo, él nunca dejaría de ser casi doce años mayor que ella; y si debía ser honesto, ya estaba viejo para atraparla en una relación.

Se cubrió el rostro con sus enormes manos.

¡Estaba loco!

Sienna jamás le había dado alguna señal de estar interesada en él. ¡Jamás!

Llegó a la oficina. Entró y por primera vez en tantos años, el olor del café no invadió sus fosas nasales. La voz que tanto adoraba no le daba los buenos días. Y no lo volvería a hacer.

Miró hacia el escritorio.

Allí estaba el sobre.

Sin perderlo de vista, se sentó enfrente y, por un buen tiempo, lo contempló.

Se negaba a abrirlo.

Si lo abría, aceptaba que ella ya no estaba y casi que prefería pensar que algún día regresaría.

¿Y si no?

Tendría que buscarla.

El tiempo se lo diría.

Capítulo 1

Cuatro meses después...

Viernes

Habían pasado quince minutos de la seis de la tarde.

Y nada.

Sienna siempre salía un rato antes; sin embargo, ese día se estaba demorando. Tendría que hablar con Helena sobre estas demoras, así no se animaría jamás.

Resopló.

Todo el aplomo que había reunido ese día se estaba evaporando junto a los minutos que avanzaban sin parar. Parecía un adolescente. En su vida había esperado por alguien. Ni siquiera a la madre de sus hijos. Es que aquello había sido otra cosa, pero a Sienna la amaba, estaba completamente enamorado. Y él que creía que se las sabía todas, que no había algo que no hubiera ya experimentado; sin embargo, helo aquí, sufriendo en sus entrañas las garras del amor.

Se cubrió el rostro con sus manos.

No podía seguir así.

Era un cobarde, un imbécil y un...

Jeremy, que estaba muy a gusto reprendiéndose a sí mismo, vio

como Sienna salía de la veterinaria muy alegre del brazo de un hombre joven. Y la sangre se le heló...

Tanto tiempo planeando como acercársele que se le escurrió de entre los dedos sin notarlo. Era obvio que, de un momento a otro, ella sería el centro de alguien porque era magnífica. Tenía que aceptar la derrota; pero es que él nunca se daba por vencido. Tal vez... No. Sí. No, mejor no.

¡Dios! ¡¿Cuándo se había vuelto tan inexperto con las mujeres?!

¡Era una mujer!

Desde que ella se había marchado, él intentaba reunir valor para acercársele y decirle aunque sea los buenos días. Era un imposible, más aún que ese hombre había llamado su atención. ¿Qué tendría? ¿Cuarenta y ocho? ¿Cuarenta y nueve? Cincuenta como mucho.

Sonrió con desdén, ¡a quien quería engañar!

Con sus cincuenta y siete años era un viejo, y más aún para ella.

—¡Dios! —gritó a la vez que dio un salto en el asiento de su camioneta.

Helena había golpeado enérgicamente la ventanilla y seguía haciéndolo. Ni siquiera se daba cuenta de que le había dado un susto de muerte. ¡Esa niña! Y como si fuera poco lo miraba, a través del vidrio, como si él fuera algo con lo que ella tuviera que lidiar.

Bajó la ventanilla.

—¿Qué haces aquí? —gritó Helena mientras su padre intentaba hablar—. ¿Acaso no has visto cómo está el cielo? Un aguacero caerá pronto.

—Yo veo una preciosa puesta de sol —dijo Jeremy no sabiendo si seguirle la corriente a su hija o marcharse sin darle explicación alguna.

—Sabes tan bien como yo que aquella línea fina —señaló con su índice hacia el horizonte—, que se está engrosando con rapidez, no

es otra cosa que viento y agua. Y ya sabes cómo son los vientos aquí.

—El servicio meteorológico no ha emitido alertas.

—En Nueva Orleans fracasaron las alertas y los resultados fueron catastróficos.

—Es verdad, pero eran otros tiempos y ahora la tecnología nos abrumba por todas partes. Si hubiera posibilidad de tornados, ya se sabría. No estamos en época de huracanes. Esa línea fina no es más que frío.

—Como sea —dijo Helena rebuscando en su bolso—. Tendré que regresar a la veterinaria para asegurar algunas cosas.

—Te ayudo.

—¡No!, que para eso pago muy bien a dos personas. Tu vete... —su hija lo miró de esa manera como cuando quiere taladrarle la mente para escudriñar en sus pensamientos—, no me has dicho qué haces aquí, enfrente de la veterinaria.

—Nada. He venido a la ciudad porque necesitaba algunos insumos. —Helena miró disimuladamente en la cabina de la camioneta y estaba vacía, su padre la estaba vacilando—. Y pensaba saludarte y...

—Y ya me has visto. Y estoy bien. Ahora es mejor que vuelvas —Helena sabía muy bien qué hacía su padre allí y no iba a demorarlo, sino a darle una mano sin que él lo supiera—, porque la tormenta se acerca y yo tengo que regresar.

La muchacha cogió su móvil, marcó y esperó a que respondieran.

—Roger. Necesito que regreses a la veterinaria. He visto que se acerca una tormenta y debemos tomar precauciones. No estarás tan lejos, ¿no?

Helena veía exactamente que su compañero de trabajo estaba a

escasos doscientos metros de ella, justo acompañando a Sienna. Jeremy también había visto como Sienna se había detenido en su caminar porque la persona que la acompañaba había cogido el móvil.

—Iba a llevar a Sienna hasta su casa. ¿Será que puedes esperarme media hora?

—¡Claro que no! ¿Tú crees que la tormenta esperará? Mi padre está aquí y vive en el mismo pueblo que Sienna. Él la llevará. Tú regresa inmediatamente.

—Sí, jefa. Estoy volviendo.

—Hija, creo que has sido un poco mandona, ¿no te parece? —acotó Jeremy.

—No. En el contrato que él firmó, especifiqué que, por tormentas o posibles tormentas, el personal afectado a la veterinaria debía quedarse a refugiar a los animales ingresados, tiempo que se computarían como horas extras. Ahora vete a recoger a Sienna, tienen un trecho hasta Wixon Valley.

—Hasta mañana, hija. —Helena enarcó una de sus cejas antes de despedir a su padre.

—¿Mañana regresas? Es sábado. —El tonito de su niña era desafiante.

—A recoger el pedido que he encargado hoy. —Eso explicaba por qué la cabina de la camioneta estaba vacía.

—Perfecto. Ven un rato antes así te tomas un café conmigo.

—Así lo hare.

—Hasta mañana, papá.

—Hasta mañana, hija.

Y sin querer, Jeremy se encontró de cara a su mayor quebradero de cabeza: Sienna Mitchell.

Se acercó despacio en su camioneta, recordándose que no tenía

veinte años, sino cincuenta y siete. Respiró profundo. Inhaló y exhaló con un esfuerzo atroz. El corazón le bombeaba sangre a ritmos impensados. Agradecía haber sido siempre un hombre sano, de lo contrario ya se le hubiera reventado la aorta.

Se detuvo donde la mujer de su vida lo esperaba.

Descendió del vehículo y se plantó delante de ella.

La miró con ternura, es que le hacía gracia que, a pesar de los diez centímetros de taco, ella debía mirar hacia arriba si quería verlo a los ojos. No era una mujer muy baja, pero él sí era muy alto. Altura que le beneficiaba para ciertas cosas y no tanto para otras.

—Buenas tardes, Sienna. Te llevaré a casa.

—Buenas tarde, Jeremy. No compartimos casa. Me llevarás a la mía.

Él asintió.

En otras circunstancias ella le diría que no, pero la tormenta que se avecinaba no presagiaba nada bueno, por lo que debía ser práctica y marcharse con él.

Era Jeremy Moore, no la comería.

Ambos rodearon la camioneta, él abrió la puerta y la ayudó a subir, pues el escalón del cuatro por cuatro era alto. La tomó de la mano, como tantas otras veces, aunque diferente a todas ellas. Esta era la primera vez que la tocaba luego de que ella lo hubiera abandonado. Sienna Mitchell solo había renunciado a su antiguo trabajo; sin embargo, Jeremy sentía un profundo abandono que se había intensificado con el paso de los meses. ¡Y qué bonito era escuchar su voz una vez más!

—¿Cómo has estado? No he tenido noticias tuyas desde que te fuiste.

—Sabes dónde vivo.

—Creí que estabas enfadada conmigo —confesó él y ella sonrió.

—¿Por qué? Me he cansado de ti, pero no estoy enojada contigo. De ninguna manera.

—¿Regresarías?

—No. A tu lado no soy feliz.

Que le hubiera asestado una puñalada hubiera sido mucho mejor. En cuanto esas palabras llenaron el pequeño espacio, él se sintió morir y comprendió que debía dar un paso al costado y dejarla vivir su vida.

—No de esa manera, Jeremy. —Sienna miró por la ventanilla y suspiró, como si él fuera un caso perdido—. Eres una gran persona, pero no puedes delegar en mí responsabilidades que forman parte de tu vida privada. Eres adulto y tú debes resolver y, sobre todo, hacerte cargo de lo que haces.

—Sienna...

—No. Déjame hablar. Siento que te debo una explicación y hace unos meses estaba tan enfadada que ni verte quería, pero con el paso del tiempo comprendí que tú eres como eres y yo soy como soy, y que habíamos excedido el límite de la confianza. Y cuando eso sucede las situaciones se desbordan. En fin... el hilo se rompió por el lado más fino. Pasé de ser tu secretaria a ser la persona para todo. Y encontrarte con Louisa en la oficina fue demasiado. Yo...

—Lo siento. Lo siento tanto. Mi vida es un desorden y...

—Lo sé. Y es tu vida. Puedes hacer lo que quieras; sin embargo, no quiero estar implicada en esa aventura. No has sabido separar el trabajo de la vida privada y para mí es primordial el respeto. Y tú has rebasado todos los límites. No puedes pedirme que me haga cargo de tus conquistas. ¡No es ético!

—Sienna. Si vuelves...

—No, Jeremy. Tú eres así...

—¡No soy así!

—Los actos hablan por las personas. Las palabras solas son como hojas en el viento. Y tú has hecho demasiado. Que es tu vida y puedes hacer lo que te plazca, pero yo también puedo elegir, y prefiero no formar parte del desorden que te rodea. No me hace bien.

—¿Y ahora trabajando en la veterinaria sí estas bien?

—Pues sí. Es un trabajo normal. Cumpló con lo que tengo que hacer y me regreso a mi casa. Tengo tiempo para mí. Helena no pide que me quede horas extras. No me llama a las tres de la mañana. No me la encuentro semidesnuda en medio de una orgía en el trabajo en horario laboral. Ella resuelve su vida amorosa, no me pide que yo le diga a Carter lo que ella debe decirle. Y si tengo una cita, no me la espanta.

—No te he espantado ninguna cita —dijo Jeremy asombrado.

—¿No?

—¡Claro que no!

—¿Y cuando me llamaste diciéndome que había enviado mal el informe a Austin y debía regresar a la oficina para hacerlo de nuevo? —Él la miró con los ojos como plato—. ¿Y cuando me fuiste a buscar a Bryan porque necesitabas unos papeles urgentes de la oficina y no tenías las llaves? ¡En lugar de llevarte las llaves me llevaste a mí! —Él tuvo la decencia de sonrojarse—. ¿Y cuando...?

—¡Ya! Entendí... Lo siento. He sido un idiota.

—Cuando Aaron me contrató para ser la administradora del rancho, me dio mucho más que un trabajo. Y tú me recibiste sin hacer ninguna pregunta y delegaste en mí todo el manejo comercial del lugar. Te estaré eternamente agradecida por la confianza. Eres una persona increíble, Jeremy; sin embargo, por alguna razón, te escondes bajo esa coraza de seductor que ha suplantado tu esencia. En la intimidad de tu familia sigues siendo esa persona increíble,

pero de cara a la sociedad te has blindado de una manera que no permites que nada traspase esa coraza. Y yo... yo he quedado del otro lado. Del lado donde te ocultas —suspiró—, y simplemente me cansé. —Sienna miró por la ventanilla—. Me cansé de ver todos los días cómo te esmeras para ocultar lo magnífico que eres y cómo te rebajas a ti mismo a ser una persona miserable. ¿Sabes qué? No te mereces el daño que tú mismo te estás haciendo. Además, he llegado a un punto de inflexión donde no acepto la manera en la que te tratas y tratas a los demás.

El silencio se adueñó del momento.

La carretera se extendía como si fuera una infinita franja de nunca acabar.

Sienna volteó y su mirada se extravió en el paisaje que se extendía a los lados del camino, y Jeremy lo agradeció, de lo contrario hubiera visto como unas cuantas lágrimas invadían su rostro.

Atravesaron la entrada a Wixon Valley en silencio.

Las casas, salpicadas aquí y allá, daban vida a un paisaje que entrelazaba lo urbano con lo rural, convirtiéndolo en un sitio ideal para el descanso, claro que eso aplicaba si eras de ciudad, porque para las personas del pueblo, nada más movido que esa vida social, en especial si algún chisme se había perpetuado en el viento. Es que los pueblos, como ya sabemos, tienen por costumbres arrojar chismecitos al aire y verlos caer como gotas de lluvia ácida, cuya procedencia es el cielo, sin que nadie se haga cargo de la primera palabra que desmadejó el ovillo. Y los chimes de alcoba que enredaban a Jeremy Moore estaban en auge. Obvio que no era el único, pues los viudos y los solteros hacían las delicias de los chimentos.

Wixon Valley...

Con pocos habitantes, pero con lenguas afiladas cual daga de doble filo.

Era esa magia de la camaradería entre todos —o casi todos— lo que daba grandeza a ese pequeño lugar cuya población iba en declive, pues pocos eran los niños que allí vivían ya que los jóvenes habían migrado a las ciudades vecinas de Bryan o College Station para estudiar o vivir sus vidas. Y con el paso de los años, el pueblo había adquirido un tinte de ruralidad más marcado que lo convertía en un lugar idílico para el turismo de relajación, beta empresarial que la comisión estaba tratando en las reuniones vecinales para explotarla al máximo.

Ese era Wixon Valley.

Había pasado de ser una población con niños a ser una población adulta que, aunque pequeña, gozaba de buenos beneficios ya que contaba con médico, mercado, talleres, lugares de esparcimiento y de entretenimiento, sin contar con que el sheriff vivía allí. Si bien su oficina central se encontraba en Bryan, su hogar estaba en el valle, por lo que se podía decir que era un pueblo muy bien cuidado a pesar de no tener casa policial allí. Incluso los padres del médico habían residido en el pueblo, por lo que Sebastian trabajaba en los hospitales de Bryan y College Station y tenía consultorio en Wixon Valley. De igual manera, los productores locales surtían el mercado común del «centro» (MCC) antes de poner la producción en marcha hacia otras zonas. Y no faltaban los talleres de quienes deseaban enseñar algo de lo que sabían. Sin olvidarnos de El Tortugo y de El Dormilón, los pubs locales que ponían ajetreo y locura todas las semanas y siendo el punto de encuentro de muchos durante las mañanas. Y la fama de los hombres del valle, sobre que eran un buen partido para quienes buscaran una buena aventura, circulaba por los alrededores con la fuerza de un tornado; claro que

había en ello un poco de misticismo y mentirijillas. En fin, la misma población de Wixon Valley mantenía la vitalidad del pueblo y por ellos la vida circulaba por esas tierras de la misma manera en que la sangre lo hace por las venas.

Capítulo 2

La calle principal se extendía como mantel en una mesa de navidad: limpia y perfecta. Pocas eran las personas que se veían caminando, pues la tormenta se advertía ahora más amenazante que pocos minutos atrás; estaba cubriendo el cielo con premura y la oscuridad indicaba que el viento los azotaría de un momento a otro.

Giró a la izquierda y luego a la derecha hasta llegar a la puerta de la casa de Sienna. Descendió del cuatro por cuatro y le ayudó a bajar. Sus dedos descansaban sobre los de ella en un apretón suave que guiaba sus movimientos, y aunque la mujer puso especial cuidado, debido a sus altos tacones, resbaló. De inmediato, la delicada mano de Jeremy se transformó en un fuerte lazo alrededor de su cintura, convirtiéndose en un abrazo ineludible ya que ella cayó sobre él.

La firmeza de su cuerpo resistió el impacto evitando una caída segura, engulléndolos en un delirio de deseo contenido, pues era la primera vez en que sus cuerpos entraban en contacto, y anhelar esa situación por mucho tiempo no era del todo sano, menos aún cuando sus mentes nubladas por la pasión dejaban expuesta la insensatez que gobernaba sus acciones. Sin embargo, y a pesar de todo, ella estaba allí, entre sus brazos.

Sienna elevó su rostro y sus labios quedaron casi rozando los de él.

Una intensidad incontrolable de besarla lo invadió. Sus miradas coincidieron y la cordura, villana innegable, se dignó a intervenir.

—¿Estás bien? —le susurró al oído mientras Sienna refrenaba el frenesí de besarlo.

—Sí. —De inmediato, Jeremy bajó su mirada para concentrarla más abajo. Muy abajo.

—No lo creo, tu tobillo está hinchándose a la velocidad de la luz. —Ella miró su pie.

—No es nada que el hielo no pueda resolver. —Jeremy negó con su cabeza.

—Te llevaré con Sebastian. —Ella lo retuvo con su mano.

—No molestaré a Sebastian por nada.

—Ese tobillo se te pondrá negro y se te inflamará aún más. Una cosa es molestar y otra es ser obstinada. Por si no te has dado cuenta, es un esguince.

—No soy obstinada. —Jeremy sonrió de lado, como cuando sabe que tiene razón.

—Claro que lo eres —sostuvo él.

—Déjame en el suelo. —El orgullo hablaba por ella.

—No puedes apoyar el pie.

—Déjame en el suelo...

Y Jeremy la dejó en el suelo. Él sabía que le costaría sostenerse, pero si no quería que la ayudara debía respetarla. La conocía muy bien como para saber dónde estaba el límite.

Sienna apoyó su pie derecho para luego intentar apoyar el izquierdo; al hacerlo un dolor le recorrió la pierna desde la punta de los dedos hasta la cabeza del fémur. Se irguió y caminó apenas gravitando el pie. Jeremy negó con la cabeza y, sin poder evitarlo, la

cogió en andas, como si fuera una novia a punto de entrar a sus aposentos, y la acercó a su casa a pesar de sus protestas.

—¿Qué crees que haces? —La voz de ella fue un susurro ahogado. Sentir como las manos de él la rodeaban y la acercaban a su pecho no era bueno para su estabilidad emocional.

—Evitando que te duela más de lo que ya te duele. Y, tal vez, impidiendo que sea una lesión aún mayor. —Se detuvo y la miró a los ojos; en la vida había visto ojos como los de Sienna, eran perfectos y hermosos. Podía sentir como el nerviosismo de ella crecía. Miró su boca y hubiera dado lo que fuera por besarla—. ¿Abres? —Fue lo único que salió por sus labios.

Sienna rebuscó en su bolso sin éxito.

—Así no puedo. No encuentro las llaves. Bájame.

—No puedes apoyar el pie.

—¡Oh! ¡Por Dios, Jeremy!

Él regresó a su camioneta, la sentó en el lado del acompañante, le ajustó el cinto de seguridad y cerró la puerta ante la desconcertada mirada de ella.

—¿Qué crees que haces?

—Tienes dos opciones: o te llevo al rancho así podré cuidarte o te llevo al consultorio del médico. —El tono en su voz revestía seriedad.

—¡El médico! —Casi gritó Sienna, pues conocía muy bien a ese hombre y sabía que se la llevaría al rancho si no respondía enseguida.

Considerando que Wixon Valley es del tamaño de un puño, llegar hasta el médico no demandó más de cinco minutos.

Sebastian Miller, que regaba sus plantas en el jardín, los vio llegar. No importaba si el horario no era adecuado, si él estaba en su casa, atendía sin rechistar siempre que fuera una urgencia. Sin

embargo, trataba de mantener un horario para personas de los alrededores, porque necesitaba descansar; casi todos los días hacía doble turno en el hospital de Bryan, sumado a las guardias que se le asignaban y a los tres días que atendía en el hospital de College Station. Su vida solo giraba en torno a la medicina. Sonrió al verlos juntos, pues siempre se había percatado de que esos dos se querían y que nunca se habían dado una oportunidad; y eso era por culpa de Jeremy Moore, que de un tiempo a esta parte se creía revestido con el poder de la juventud pincelada por la inmortalidad. ¡Ojalá él mismo llegara a los cincuenta y siete en el estado en que Jeremy lo había hecho! Pero al paso que iba sería como el director del Health Center, una pasa pendiendo de una rama enclenque.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el médico mirando a Sienna.

—Se ha doblado el pie al bajar de la camioneta. Mira cómo lo tiene.

Sebastian llevó sus ojos allí y luego sus manos.

El contacto frío y los dedos suaves estremecieron a la mujer.

Una lágrima cayó de uno de los ojos de Sienna y rodó por su mejilla aventurándose a los nudillos del médico.

—Te duele —dijo él y ella asintió. Le dolía el alma, pero eso no iba a decirlo—. Seguro que es un esguince. Entremos.

—Bájame —le ordenó ella a Jeremy.

—No. No la bajes —enfaticó Sebastian con la misma convicción que ella.

—Pero...

—Shshshs... ¿qué crees? —la reprendió amorosamente el médico—. ¿Que Jeremy no puede contigo? Me cargaría a mí sin inmutarse. Debe de ser el hombre con más fuerza del entorno, incluso por encima de Aaron, Trevor y Sean. Puede contigo sin problemas, así que te quedas quieta y obedece, si no quieres que ese pie parezca

una berenjena.

Sienna se sonrojó.

Estar en brazos de Jeremy no era algo que la tranquilizara y menos aún que el médico le dijera que era el superhombre de Wixon Valley. Si ella ya lo sabía, había sido tratarlo y caer rendida a sus pies. Claro que luego lo fue conociendo un poco más, y enamorarse había sido su perdición; y que él hubiera construido un escudo impenetrable imposible de derrumbar no había sido beneficioso para ella; aunque si lo que una quería era una aventura de una noche, pues allí estaba Jeremy Moore. Sin embargo, ella no quería eso y él se había convertido en la típica persona que la espantaba ya que solo buscaba relaciones pasajeras que no implicaran ningún tipo de compromiso, y ella no valía para eso.

No. Ya había sufrido demasiado como para atarse a un hombre que esclavizaría su corazón y la haría rogar por migajas de amor.

No. Había aprendido a quererse y ni loca pasaba por ese aro. Jeremy era una persona increíble, pero no se dejaba querer.

—Ponla allí —dijo el médico señalando la camilla—. Muy bien. —Sebastian observó a Sienna, y en ese instante la mirada profunda y melancólica de la mujer le inundó el alma—. Voy a presionar en la zona afectada, tendré que tocarte la pierna. —Ella asintió—. Dime cómo ocurrió.

—Estaba por descender de la camioneta de Jeremy y el taco de la sandalia se enganchó entre la alfombra y la puerta. Me di cuenta cuando ya me había impulsado para ese lado, por lo que todo mi peso recayó sobre esta pierna y no pude evitar que el tobillo se doblara hacia adentro... y caí sobre Jeremy.

—Perfecto.

Sebastian seguía palpando con cuidado. Entre la inflamación, los gestos de Sienna al tocar los ligamentos afectados y el hematoma,

pues sí que era un esguince. Y uno de grado 2.

—Rota el pie así. —Y el médico movió el suyo para indicarle cómo hacerlo.

—No puedo. Duele mucho.

—¿Y así? —Subió y bajó el empeine de arriba hacia abajo.

—Ah, ahahah... Uff... ¡Madre que duele!

Sebastian asió ambas piernas de la mujer a la altura de la rodilla y fijó la tibia. Luego desplazó el talón hacia adelante y este no se deslizó más que el del pie derecho, que era el sano, lo que indicaba que el ligamento peroneo astragalino anterior no estaba roto. Luego articuló movimientos rotativos a los cuales Sienna respondió con sollozos.

—Es un esguince por inversión. Lo más común. Lo bueno es que no se ha roto ningún ligamento. En estos casos, se ha afectado el peroneo astragalino anterior, pero la inflamación bajará para mañana y en tres días podrás caminar bien. Con dolor, pero con estabilidad. El hematoma perdurará varios días y mutará de color. La hinchazón total demorará entre una semana o dos en normalizar.

El médico se acercó a la nevera que estaba allí y del freezer sacó un gel frío. Lo envolvió en una tela, que tomó de un cajón, y lo colocó sobre la zona afectada. Buscó una venda elástica en otro cajón y envolvió el gel al tobillo de la mujer.

—Tendrás este gel de quince a veinte minutos, no más —advirtió—. Dejarás descansar otros quince y volverás a aplicar frío. Por lo menos tres veces al día entre hoy y mañana. Y antes de acostarte, deberás untar esta pomada en la zona afectada frotando en círculos para que penetre bien. Sin apretar; con suavidad. De esta manera se aliviará la inflamación y se repararán los tejidos; porque esto es un esguince y lo que necesita es cuidado. Así que, si deseas recuperarte bien y que no queden secuelas, deberás no apoyar el pie en dos

días. Desde este momento, reposo.

—¡Reposo! ¡¿Y quién me cocina?! ¡Y tengo el baño arriba! ¡Y mi ropa! ¡Y mi cama! Todo está en la planta alta.

—Pues no puedes subir escaleras. —El médico la miró entrecerrando los ojos—. No vas a obedecer, ¿verdad?

—La llevaré al rancho. —El tono de Jeremy era categórico.

—¡Ni loca!

—Allí tienes todo en la planta baja. Incluso las brujas te ayudarán. Y... estaré yo.

—¿Y a ti para qué te preciso? —preguntó alucinada.

—Es evidente que para nada. Solo lo decía. —El tono bajo y gruñón de Jeremy hizo reír al médico, que asintió a la propuesta del hombre.

—Me parece bien que te pases el fin de semana en el rancho. Estarás tranquila y no harás ningún esfuerzo. Y para el lunes ya estarás repuesta —le dijo Sebastian mientras vendaba su tobillo—. Mañana por la noche pasaré a verla y... —el médico hablaba con Jeremy cuando Sienna interrumpió.

—Mañana es sábado, tendrás mejores planes que atenderme a mí.

—¡Claro que no! Eres la mujer más preciosa del entorno. Dime —y miró a Jeremy—, ¿acaso has visto a una más bonita? —El hombre negó con la cabeza—. Tus ojos... ¿Traes lentillas? —La cara de Sebastian era de cuento—. No puedo creer cómo no me he dado cuenta antes.

—No. ¡Sí! Son recetadas. Necesito graduación en ambos ojos, además debo bloquear la luz solar. Mis iris son demasiado claros. Poca melanina.

—Entiendo. Tengo albinismo ocular. Estos ojos grises —el médico señaló los suyos— que a tantas mujeres hacen suspirar tienen su

precio. —Sonrió con ternura—. Incluso tengo heterocromía, pero creo que ya me he acostumbrado demasiado a las lentillas.

—Los ojos de Sienna son únicos —susurró Jeremy y ella se puso nerviosa, no quería que revelara su verdadero color—. Aunque tú también...

—¡Por Dios! —exclamó ella—. ¡Son ojos comunes! Cualquier cosa con color llama la atención. ¡Si tuviera el trasero verde también sería llamativo!, ¿no?

—No necesita accesorios para ser llamativo, ya lo es por sí solo —dijo Jeremy, y al darse cuenta de que ambos lo miraban, se sonrojó—. ¡Qué! Es preciosa... por donde se la mire. ¿Me equivoco?

—No. No te equivocas —afirmó el médico.

—¡Ya! Dejen de hacerme la pelota —se quejó Sienna—. Si esto es todo, me iré a mi casa.

—¡No! —dijeron al unísono, y Jeremy continuó—: Al rancho. Si Helena se entera de que te quedas sola y herida por mi culpa, vendrá ella misma a buscarte. Así que mejor ahorrémosle el viajecito.

—Son dos días. No tiene cómo saberlo —argumentó la mujer.

—Ya le he avisado —soltó el médico.

—Eso es chan... —El móvil de Sienna comenzó a vibrar—. Es Helena. —Su voz cambió de tono y respondió enfadada—: Hola, Lena, ¿qué sucede? (...) Solo es una torcedura de nada. (...) ¿Que Sebastian te dijo que es un esguince? Que no... Bueno. ¡Está bien! Me quedaré en el rancho con la única condición de que el lunes me aceptes en el trabajo. Puedo estar sentada sin necesidad de moverme y atender a las personas mientras van llegando. (...) ¡Perfecto! Adiós, mi niña. Descansa.

Cortó la llamada y ambos hombres la miraban expectantes.

Los dos de brazos cruzados y miradas de carnero degollado.

—Me quedaré en el rancho.

—Me parece sensato. Y no olvides que mañana me doy una vuelta por allí. —Le tendió la crema y los analgésicos a Jeremy—. Le untas la zona afectada con suavidad por dos minutos y le vendas con una gasa y luego le ajustas la venda elástica para que le dé rigidez y compresión. Lo repites cuatro veces al día.

—¡Hey! Que puedo cuidarme sola.

—Lo sé, pero en estos casos, si tienes a alguien que te ayude es mejor. —Le tendió los analgésicos—. Tú administra esto cada seis horas según el dolor. Pero si no hay dolor, solo uno por día para la inflamación. Y no tengo muletas. Así que, Jeremy, tendrás que cargarla.

—No hay problema. Permiso, Sienna, te llevaré a la camioneta.

Y cargándola en brazos, se fueron.

Sebastian los vio marcharse.

Tanto él como Helena sabían que ambos estaban enamorados, pero ninguno cedía. Pues había llegado el momento para que intentaran dar el paso.

Capítulo 3

—**A**llá viene Jeremy.

—Ya era hora, se ha retrasado bastante. Helena llamó hace más de una hora.

—No creo que haya llamado hace tanto —dijo Maddie.

—¡Claro que sí! Ya no tienes noción del tiempo. Te estás volviendo vieja —ironizó Maggie mientras pelaba las bananas para la ambrosía.

—¿Vieja?! ¡Vieja! ¿Pero qué te has creído? ¡Ya quisieras estar así de bien a mi edad!

—¡Maddie, vieja loca! ¡Tengo un año más que tú! —Rio Maggie mientras su amiga de la infancia pelaba las mandarinas como si la despellejara a ella.

—¡Por eso! ¡Nunca lo sabrás porque ya no volverás a tener setenta y seis! —Maggie puso los ojos en blanco, Maddie nunca perdía, cuando mucho empataba.

—¡María Magdalena! —Maggie solo la llamaba así cuando se enfadaba—. No puedo creer que siempre quieras tener razón. Debes asumir que cuando te equivocas...

—¡Yo no me he equivocado! Tú has dicho que Helena llamó hace una hora y yo te he dicho que no. —Maddie le mostró la pantalla de

su móvil donde decía con exactitud la hora de la llamada—. Así que, Magnolia Estefanía —Maddie enfatizó el nombre de Maggie con chulería, demostrándole lo equivocada que estaba—, no te atrevas a decirme que no tengo control sobre el tiempo.

—¡No tienes control sobre el tiempo! ¡¿Pero quién te crees que eres?! —exclamó Maggie entre enojada y divertida—, ¿Dios? Solo te has fijado en el móvil la hora de la llamada y por eso sabes que mi nieta ha llamado hace cincuenta y seis minutos. Sin embargo, yo he hecho el cálculo sin mirar. Y como dije, «más de una hora», eso —señaló con su índice el móvil de su amiga— está a cinco minutos de «más de una hora», lo que me convierte en una persona que tiene noción del tiempo.

—¿A quién no le gusta perder? —Fueron las únicas palabras de Maddie mirando con picardía a Maggie.

—Si serás descarada... los años no te han hecho perder el encanto manipulador que brota por tus poros, ¿eh?

—Qué puedo decirte, las castellanas no perdemos nuestros encantos a través de los años, los acrecentamos.

—¡No eres castellana! —Se asombró Maggie.

—Mis abuelos y mi madre lo eran. Bajaron del barco...

—¡Y tu padre era gringo! —aseveró Maggie.

—Ese no cuenta. Casi ni lo he conocido.

—Porque falleció cuando tú eras una niña.

—Elegió irse de «gira» con su guitarra. ¿No podía quedarse aquí y trabajar como el resto? ¡Hubiese crecido a su lado! —A pesar de los años, Maddie llevaba ese dolor en su corazón.

—Creo que ya tenemos la edad necesaria como para dejar ir el pasado, Maddie, ¿no lo crees?

—Hay cosas que duelen para siempre —susurró la mujer apretando con fuerza la medalla que pendía de su cuello.

—Pero si no soltamos no somos felices. —Maggie cogió la mano de su amiga, sabía de su dolor. La herida que había dejado su padre nunca había cicatrizado.

—¿Tú has superado la muerte de Ernestina? No era tu hija biológica, pero la criaste como si lo fuera. Creo que la has amado más a ella que a Jeremy, que sí es tu hijo.

—No es verdad, amo a mi hijo.

—Sé que lo amas. Pero siempre has puesto los deseos de Ernestina por encima de los de Jeremy. ¿Acaso te olvidas de que lo obligaste a casarse con ella?

—No es así. Jeremy la dejó embarazada y era su obligación hacerse cargo del niño.

—Lo obligaste, Maggie. Él iba a hacerse cargo del niño; sin embargo, tú lo obligaste a casarse porque Ernestina así lo quería —dijo Maddie.

—No es verdad. Él debía responder por lo que hizo. No iba a dejar a mi niña preñada y sola.

—Y qué casualidad que, luego de que se casaran, Ernestina perdió al bebé, ¿no?

—No te atrevas a insinuar nada. Ernestina era una mujer increíble. Digna de ser amada, una madre ejemplar. Y Jeremy la amó muchísimo. Sin embargo, Dios se la llevó joven.

—Tal vez Dios puso las cosas en su lugar —susurró Maddie.

—¿Por qué? —preguntó Maggie dolida, sabiendo que su amiga siempre había recelado de Ernestina—. Sabes que su madre murió cuando ella era solo un bebé y que decidí criarla cuando su padre se suicidó. Jeremy y ella crecieron como hermanos. ¡Él jamás debió de insinuársele! De todas maneras, fueron felices antes del huracán.

Maddie sonrió y miró con pena a su amiga. Si Maggie quería creer eso, no sería ella quien le explotara la burbuja, total ya eran

viejas, no serviría de nada contarle la verdad; solo la amargaría y la haría sufrir horrores. A estas alturas, no valía la pena. Ernestina no estaba; sin embargo, y a pesar de los años, había roto la vida de Jeremy de tal manera que él no había podido reconstruirla.

Ahora fue Maddie quien asió la mano de Maggie.

Ellas eran amigas desde siempre, desde pequeñas, ya que los padres de Maddie trabajaban en el rancho Moore cuando ambas nacieron. Habían hecho todo juntas hasta el día en que Maddie contrajo matrimonio y se marchó con Giovanni, su esposo. Cada una formó su familia, tuvo sus hijos y vivieron en ciudades diferentes hasta hacía poco tiempo atrás, en que el esposo de Maddie hubo fallecido, y eso había ocurrido justo un mes después de que Helena —la nieta de Maggie— hubiera dejado la casa paterna para mudarse a College Station con su novio. Ambas mujeres se encontraban solas, y como Jeremy amaba a su madre, había sido él mismo quien le había sugerido que invitara a Maddie a vivir en el rancho. Y allí estaban ahora, compartiendo sus días como si el tiempo no hubiera transcurrido desde que cada una hubiera seguido su destino. Claro que solas no estaban, Lilia estaba con ellas.

—No viene solo —dijo Maddie.

—¿Qué? ¡Es verdad! —Maggie se puso en pie, pues estaban sentadas en el porche disfrutando del frío texano mientras pelaban frutas.

—¿Qué sucede? —Lilia apareció, café en mano, ataviada con su abrigo de lana.

Lilia Olsen era el ama de llaves. Desde hacía tiempo trabajaba en el rancho y allí había echado raíces. Cuando joven vivía en la casa que está hacia el oeste, cerca del bosque y del lago, pero al enviudar decidió que era mejor quedarse a vivir en la casa principal ya que su única hija había marchado a la ciudad a estudiar. Sin

embargo, sus planes habían cambiado debido a que esa misma hija había quedado embarazada y le había enviado al niño de regalo. Así, James, nombre que Lilia le dio para su bautismo, creció en el rancho junto a los animales y aprendió todo acerca de su funcionamiento, tanto así que llegó a ser la mano derecha de Jeremy y actual capataz de Ithemba Valley[1]. Para ese entonces, Lilia había dejado la casa a James, para su privacidad, y había ido a vivir a la casa grande otra vez. De eso ya habían pasado diez años. Y como Maggie también había enviudado hacía años y estaba sola con Helena, pues Aaron se había marchado a estudiar a Nueva York, vivir juntas era una excelente idea.

—Que allí llega Jeremy y no viene solo —dijo Maddie.

—Es una mujer. —Se asombró Lilia—. Ya era hora. Este chaval hace más de veinte años que está solo y nunca había traído a nadie al rancho.

—Es Sienna. —Se ilusionó Maggie—. ¿Estarán saliendo?

—¡Se han casado! —gritó Maddie—. La trae en andas. —Las tres mujeres suspiraron.

Jeremy cargó a Sienna, muy a pesar de ella, que no quería tenerlo cerca; aunque quería obedecer a Sebastian, sabía que el doctor era muy capaz de verificar si le hacía caso o no. Era un buen médico y se preocupaba porque todos cumplieran con lo que él indicaba. Tenía un temperamento de liderazgo de esos que a uno le da placer acatar sus órdenes; además eran recomendaciones que podían cumplirse sin mayores esfuerzos.

—Las tres brujas están apostadas en el porche, esperando saber qué diablos hago contigo.

—Gracias por lo que me toca —susurró Sienna ofendida. Jeremy se detuvo y la miró.

—Lo digo por lo chusma que ellas son. Tú no eres una carga

para mí. Eres una oportunidad.

—¿Una oportunidad? —se sorprendió Sienna.

—Eres mi oportunidad de hacer las cosas bien. No voy a dejarte ir, Sienna Mitchell.

—¿No vas a dejarme ir? —susurró ella.

—No hasta que tu pie sane. —Su voz tembló al darse cuenta de que había sido muy obvio en sus sentimientos.

—Perfecto.

Se acercaron al porche y allí las tres mujeres los recibieron locas de alegría.

—¡Felicidades! —exclamaron mientras subían los escalones.

—¡Ya era hora de que te casaras de nuevo! —Sonrió su madre encantada.

—¿Qué? ¡No! —dijeron al unísono.

—Prepararemos una gran fiesta —victoreó Maddie.

—Llamaré a Helena... —Lilia ya corría en busca del móvil.

—¡Alto ahí! —gritó Sienna como si fuera el general de un ejército—. ¡Nadie va a hacer nada! No nos hemos casado. Solo me he torcido el tobillo un poco... bastante, y no puedo apoyar la pierna. Mi baño y mi dormitorio están en la planta alta de mi casa, por esa razón el médico consideró el hecho de poder quedarme aquí unos días, si ustedes están de acuerdo.

—¡Claro! —exclamó Maggie.

—¡Sí, sí! —pronunció Lilia.

—¡Por supuesto! Nosotras te cuidaremos —dijo Maddie.

—Y de paso nos cuentas por qué te has ido a trabajar a otra parte —lanzó Maggie.

—¡Mamá! —la reprendió Jeremy—. Tú no les hagas caso, preciosa —le dijo a Sienna mirándola a los ojos y las tres mujeres repararon en ese gesto.

—Entren. Ya pronto estará la cena. Prepararemos uno de los cuartos de abajo para la niña. —Se apresuró Lilia.

—Señora, no soy una niña, tengo cuarenta y seis años.

—Y yo setenta y ocho. Eres una niña. —Sonrió Lilia entrando a la casa.

La cena fue abundante, como todas las noches, y deliciosa. Hacía mucho tiempo que Sienna no disfrutaba de tan sabrosa comida. Claro que el hecho de que Jeremy la observara seguido no ayudaba demasiado.

—Deja de mirarme así —le espetó sin rodeos.

—¿Así cómo? —Los ojos de Jeremy se agrandaron de asombro y su rostro no pudo evitar teñirse de un rubor ligeramente rosado.

—Me haces sentir fuera de lugar. Si te has arrepentido, puedo quedarme en mi casa y arreglarme sola. He accedido a venir solo para que Helena no se acerque hasta aquí a estas horas. Así que, si te molesta mi presencia, vete a dormir.

Las risas de las mujeres retumbaron en el comedor.

Era la primera vez que Maggie escuchaba que alguien le hablara en ese tono y de esa manera a su hijo. Era alucinante estar en medio de ellos y ver la cara de sorpresa de Jeremy.

—No me molesta que estés aquí. A decir verdad, me encanta la idea. —Había comenzado la oración con una voz y la había finalizado en un tono grave que prometía guerra.

—Uff... hace calor aquí —Lilia se puso en pie—, le bajaré al termostato.

El rancho contaba con un sistema de bomba de calor alimentada por electricidad, cuyo nivel de calentamiento se regulaba manualmente con el termostato, armonizando la misma temperatura en toda la casa ya que la calefacción era centralizada.

—Café... es ideal para después de cenar. ¿Quién quiere? —La

sonrisa de Maddie serenó a Sienna, que tenía muchas ganas de llorar.

—Si tomo café no dormiré. Además, el médico me ha dado desinflamatorios y prefiero descansar. Si alguna de ustedes me ayudara con el baño, por favor. He trabajado todo el día y necesito bañarme.

—Oh..., yo te ayudaré. Pero tendrás que asearte en el baño de arriba; es el único que tiene bañera. Así no tendrás que apoyar el pie. —Sienna resopló. Ahora Jeremy tendría que cargarla de nuevo.

—¡No he traído nada! ¡Oh, Dios! ¿Cómo he sido tan despistada? —El semblante compungido de Sienna enterneció a Lilia.

—No te preocupes. Hay ropa de Helena aquí. Te buscaré algo. —La tranquilizó Maggie.

—Y yo iré preparando el agua. —Maddie tomó sus manos—. Ya verás como todo va bien.

—Perfecto. —Sonrió Jeremy—. Te llevo hasta arriba entonces.

Y cargándola como si su peso fuera de risa, la cogió en brazos y subió las escaleras.

La dejó en el baño y se marchó sin decir una palabra.

Se refugió en su habitación. Tenía que trazar un plan de acción para conquistar a esa mujer que no podía ni verlo. ¿Cómo la convencía de que él sí valía la pena?

Sienna se sumergió en el agua caliente y suspiró. Se aseó con prontitud, pues era consciente de que al día siguiente Jeremy se levantaba a las cinco. Se apoyó en los bordes de la bañera y, sentándose en ella, sacó una pierna y luego la otra, apoyó los pies en la alfombra y se secó. La frescura que sentía sobre su piel y en el cabello la serenaron. Comenzó a vestirse con la ropa que Maggie le había llevado, cuando reparó en que las prendas eran de seda y... ni

loca se ponía eso sabiendo que él la llevaría en andas. Miró su ropa sucia y tampoco quería ponerse aquello. Exhaló el aire retenido cuando vio una bata que la envolvía de pies a cabeza. Se cubrió ella y se sentó en el váter para decidir si se aventuraba fuera del baño saltando en una pierna o daba un grito. ¡No quería gritar! Y para ser sincera, tampoco tenía muchas ganas de saltar. Había apoyado el pie para vestirse y ahora le dolía horrores.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

No era por su tobillo.

Le dolía el alma.

Solo a dos personas amaba y ninguna formaba parte de su vida. Y esas palabras que Jeremy decía o dejaba a medio decir la confundían.

Era un cobarde.

Ella no se lo iba a dejar fácil.

¡No era justo!

La puerta vibró bajo un leve golpecito.

—Sienna. —La voz de Jeremy la trajo a la realidad.

—Estoy lista, puedes pasar.

Se enjugó las lágrimas para ocultar su tristeza; sin embargo, Jeremy se había percatado de la humedad en sus ojos. La aupó y, saliendo del baño, caminó por el pasillo que conducía a las escaleras.

—Vas a estar bien, Sienna. Yo te cuidaré.

—Mañana te levantas a las cinco. Perdón por retrasarte.

—Nunca me duermo temprano. Y me levanto a las cuatro.

—¿Por qué? Siempre te has levantado a las cinco.

—Desde que tú no estás me levanto a las cuatro. Debo hacer tu trabajo, preciosa. Y si a las siete comienzo a trabajar, pues ni modo que debo hacerlo antes. De hecho, me he traído todo para aquí. Es mi refugio ahora.

—¿Y la oficina?

—Donde siempre. Debo mantenerla porque es el único lugar con internet disponible las veinticuatro horas. Y ya sabes que la conexión es necesaria en estos días que corren.

—Lo sé.

—Por cierto, mañana debo ir a San Antonio. Regresaré a la tarde noche. ¿Podrás con las tres brujas?

—¡Dios! —Sienna lo miró asombrada—. ¿Cómo es que las llamas así? Son adorables.

—Ya te darás cuenta mañana cuando no te dejen en paz batallándote a preguntas.

—¿Y por qué querrían saber algo de mí?

—Porque saben que me gustas. Y mi madre no te dejará en paz.

Sienna se quedó inmóvil. Que le hubiera dicho que ella le gustaba la hizo sentir rara. No sabía si eso era bueno o malo.

—¿Te gusto? —La pregunta fue más irónica que realista.

—Desde siempre, preciosa, pero nunca he sabido cómo decírtelo.

—A veces no es fácil hablar.

—No, no lo es.

Ya habían entrado a la habitación.

La dejó con suavidad sobre la cama, que ya estaba abierta. Iba a arroparla cuando recordó que debía untarle la crema que el médico le había dado.

Tomó el pomo entre sus manos y, aplicando una cantidad justa en sus dedos índice y corazón, asió el tobillo lastimado y frotó con cuidado sobre la lesión, que se veía más inflamada y caliente que antes.

—Has apoyado el pie, ¿verdad?

—Es que casi me he caído en el baño. Era el pie o la cabeza... —

Y él amó esa sonrisa luminosa que irradió su rostro.

—Listo. —La cubrió con el edredón y le dio un beso en la mejilla, casi rozando la comisura de su boca—. Dormiré aquí abajo.

—¡No! Debes descansar. Vete a tu habitación y duerme tranquilo.

—Hay más habitaciones aquí abajo. Si me precisas me llamas. Pegas un grito o usas el móvil. Como prefieras, pero no vayas a ponerte en pie porque la recuperación será eterna. —Ella lo miró como cuando sabía que le desobedecería—. ¡Sienna!

—¡Lo haré! Lo hare. Te llamaré.

—Muy bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Jeremy se fue.

Sienna volvió a llorar. Era la primera vez que alguien la cuidaba.

Se hizo un ovillo y se dejó llevar por el dolor.

Había heridas del pasado que nunca sanarían.

Y sin darse cuenta, el sueño la venció.

Capítulo 4

Sábado

Se había quedado dormido.

Había salido del rancho a las seis de la mañana cuando hubo de hacerlo a las cinco.

Tenía que transportar a Mellon, un ejemplar shire gris poco común, pero muy cotizado por su pelaje. Ir de tiro con el tráiler era engorroso, pues obligaba a mantener una velocidad reducida y una agudeza de sentidos que exigía estar despierto, concentrado y en estado de alerta. Esto empeoraba el viajar en horas pico, ya que el tráfico pesado stresaba a los caballos. Por esas razones, y porque había dado su palabra de que llegaría a San Antonio a las ocho de la mañana, no debió quedarse dormido, pero muy a su pesar llevaba una hora de retraso. Una hora que, por como venía la ruta, iba a alargarse.

Era la primera vez en su vida que deseaba no estar trabajando un sábado.

Quería estar en el rancho cuando Sienna despertara.

Quería hacerle el desayuno y comer con ella.

Quería llevarla a cabalgar.

Quería sentarse con ella en el porche todo el día con el único propósito de escuchar su voz.

Quería... quería... quería.

Y no podía. Solo deseaba llegar a San Antonio para regresar lo más rápido posible.

Se desperezó.

Qué cómoda que era esa cama y qué calentita estaba.

Suspiró.

Había dormido tan bien.

Ni las pesadillas habían interrumpido su sueño, y eso era demasiado, ya que eran recurrentes.

Volvió a suspirar.

Sonrió.

Se sentó y asió el móvil que se encontraba en la mesilla de luz.

La luz del sol se filtraba por las rendijas del ventanal.

—¿Qué? ¡No!

Unos golpecitos llamaron su atención.

—¿Estás bien? Te oímos gritar y... —Una cabeza asomó por la puerta.

—Pero si acabo de gritar...

—Es que estamos atentas por si precisas algo.

Sienna miró a Maddie entrecerrando los ojos y a su memoria vino el «brujas» que Jeremy le había dicho antes de dormir. Tal vez tuviera razón...

—Estoy bien. Solo me ha sorprendido la hora. ¡Son las once de la mañana!

—Es muy beneficioso que descanses. Debes estar quieta. ¿O

acaso piensas salir a correr? Lo mejor que puedes hacer es descansar. Solo disfruta de lo que puedas hacer en tus condiciones.

—Es verdad. —Sienna se mordió el labio inferior—. Tengo ganas de ir al baño.

—Jeremy ha pensado en todo. —Lilia apareció de la nada y, entrando en la habitación, dejó un aparato al costado de la cama—. Ha buscado en el ático antes de irse y encontró esta andadera que ha usado Maggie cuando se quebró el tobillo. Te ayudará a desplazarte sin problemas en la planta baja.

—Gracias.

Las lágrimas empañaron su visión.

Era la primera vez que alguien se preocupaba y ocupaba de ella.

La primera vez.

—Niña, no llores. ¡Tus ojos son violetas! —exclamó Maddie asombrada.

—Ayer eran marrones —susurró Lilia.

—Tengo albinismo ocular y debo llevar lentillas durante la luz diurna. También por la noche si hay mucha iluminación. —Sienna se enjugó las mejillas.

—Esas lágrimas no son por el tobillo, ¿verdad? —El llanto fluyó otra vez. ¿Tan notorio era? Las mujeres la rodearon. Las tres subidas a la cama—. Pues aquí te mimaremos. Ya verás cómo te inflas de amor —le decía Maggie mientras le acariciaba el rostro limpiándole las lágrimas.

—Ahora te dejaremos tranquila, así te aseas y te cambias. Te he traído ropa de Helena.

—Y ya hemos lavado la tuya. —Le sonrió Maddie.

—Gracias. A las tres. Muchas gracias.

Ni bien entrar al baño, un precioso espejo emitió su reflejo.

Las lágrimas arrasaron su rostro.

Sin fuerza.

Sin drama.

Solo fluyeron en torrente empapando sus mejillas.

Más veía su reflejo, más lloraba.

Ella no tenía espejos en su casa. Nunca los había tenido. Si necesitaba verse, se arreglaba con el tenue reflejo en una ventana. No se maquillaba. No se peinaba extravagante, solo una coleta o una trenza. Hacía muchísimos años que no estaba de cara a un espejo. Siempre les huía.

No les temía, sino que eran un eterno recordatorio de sí misma, y ella solo quería olvidarse. Vivía por una única razón: porque su cuerpo se empeñaba en amarrarse a la vida. Sin embargo, su alma estaba en el limbo. Si es que eso existía. Porque para Sienna Mitchell, esta vida era el mero infierno.

Y allí, de pie, no dejaba de mirarse.

Era la misma de siempre.

La misma de aquel día.

Suspiró.

Debía serenarse.

Cerró los ojos y, cogiendo una toalla, lo cubrió.

Listo.

Su reflejo ya no estaba.

Se aseó. Se cambió y, asiéndose de la andadera, salió de la habitación.

—¡Niña! El sol está precioso. Ven, siéntate un rato en el porche. El aire cálido te hará bien. Aprovecha que viene una tormenta.

—Ayer también estaba tormentoso y no sucedió nada. —Sienna atravesó el umbral y se sentó justo al lado de Maddie—. En verdad el aire estaba exquisito.

—¡Oh! Pero hoy el servicio meteorológico anunció fuertes

ráfagas de vientos provenientes del este y lluvia a vendaval. Y si algo sé de clima campestre, te diré que esas nubes de allí —señaló unas que se encontraban más alejadas de las que prometían agua— caminan muy rápido y son las que nos traerán la tempestad.

Sienna la miró asombrada; si de verdad tenía razón, y se veía muy convencida de lo que decía, se convertiría en su gurú del tiempo. Iba a hablar cuando el rugido de sus tripas hizo que Maddie pusiera cara de espanto.

—¡Estás muerta de hambre!

—¿Te has puesto la pomada, niña? —Lilia desplegó una mesa liviana pero espaciosa delante de ella y enarcó una de sus cejas a la espera de la respuesta.

—Sí. Me he puesto la pomada. Gracias por preocuparte. Deseo reponerme con rapidez. Me cuesta estar quieta, y si quiero regresar al trabajo y a mi casa, pues no me queda otra que obedecer, ¿no?

—Así es. —Maggie desplegó los platos, cubiertos y vasos en un santiamén, mientras Maddie ponía en medio la fuente repleta de tallarines.

—Ahora a comer —ordenó Lilia—, que si quieres recuperar fuerzas debes estar bien alimentada.

Y entre risas y vaticinios sobre el clima, almorzaron.

Todo iba bien hasta que Maddie recibió una llamada de su hija y ahí empezó todo...

Sienna comenzó a sentir unas ganas horribles de marcharse porque sabía que la pregunta que tanto detestaba llegaría de un momento a otro.

—Clara está embarazada... ¡Voy a ser bisabuela! —gritó Maddie con alegría y todas victorearon, menos Sienna, que sonrió—. Está de tres meses y medio.

—Felicidades, amiga. Me has ganado. Y yo que pensaba que

Aaron a estas alturas me daría un bisnietecito. ¡Estos nietos míos están lejos de ser padres!

—Pues estoy igual que tú —se lamentó Lilia—. Mi James ni siquiera está en una relación seria como para esperar alguna noticia.

—No se necesita estar en algo serio —rio Maddie— para traer un niño al mundo. Creo que sabes muy bien qué es lo que se necesita, ¿no? ¿O ya te has olvidado?

—¡Oh, por Dios! ¡¿Acaso crees que puedo olvidarme de Antoine tan fácilmente?! Me hacía ver las estrellas en pleno día. —Sienna clavó sus ojitos en Lilia—. Agradezco eso. No nos llevábamos muy bien, pero follaba de cuento. Algo es algo.

Sienna, que estaba bebiendo agua, se atragantó y comenzó a toser con frenesí.

—¡Niña! Vas a morir ahogada... ¿No te habrás espantado por Antoine, ¿verdad?

Ella negaba con la cabeza. Quería parecer auténtica en su respuesta. Ni muerta les diría que sentía pudor de sus comentarios. ¿Qué pensarían? ¡Que vivía en un convento! Aunque... ¡Dios! Había hecho un desastre, idesparramado agua por todos lados!

—No te preocupes. Recupérate del susto que te ha dado esa vieja loca —gruñó Maddie y se puso en pie.

Maggie salió tras ella mientras Lilia le retiraba el plato sobre el que había caído el agua. De la misma manera, las otras mujeres aparecieron con trapos, limpiaron, repusieron el plato y sirvieron tallarines otra vez. En dos segundos todo estaba como si no hubiese sucedido nada. La habían tratado como a una cuadripléjica cuando a ella solo le dolía el tobillo. Pasó de sentirse descansada a abrumada.

Las mejillas se le encendieron —cualquiera pensaría que era pudor cuando era rabia, no con las mujeres, sino con la situación—, necesitaba salir de allí. ¿Cómo regresaría a su casa? Las manos

comenzaron a sudarle y un calor se extendió por todo su cuerpo.

—¡Listo! No ha sucedido nada.

¡Sí que había sucedido!

Ella era un volcán en ebullición.

Tenía que tranquilizarse.

Inspiró y espiró.

Concentró la respiración en el abdomen para serenarse y lo logró.

Claro que iba a durarle lo que la miel en el hocico de un oso.

La flamante pregunta llegó.

La pregunta.

Esa que ella tanto odiaba porque la sumergía en el dolor infernal que la acompañaba desde los dieciséis años.

—¿Y tus padres, Sienna? —La consulta era lógica ya que todas estaban hablando de sus familias.

—¿Tienes hermanos? —Lilia la miraba con dulzura, como si tener familia fuera lo más natural del mundo.

—¿Tienes hijos? —remató Maddie.

—¡Por Dios! ¡No la avasallen! —Maggie asió sus manos como si viese en su interior.

—No tengo familia. Soy huérfana.

—¿Estás sola en el universo? —soltó Lilia sin más y las lágrimas empañaron los ojos de Sienna.

—Ahora nos tienes a nosotras. —Maddie apretó sus manos con dulzura para calmar el temblor que las dominaba.

—¿No has tenido hijos? —se arriesgó Maggie; ya habían movido los recuerdos, así que seguiría.

—Murió. —Y la palidez de su rostro las asustó—. Hace años.

—¿Pasarás la Navidad con nosotros? Siempre que Helena te ha invitado, le has dicho que no puedes. Que te espera una tía.

—Es verdad. Nunca he pasado las Navidades aquí. Prefiero hacerlo en otro sitio. —¿Y ahora qué decía? Ya había soltado tantas mentiras que se embrollaría sola como siguiera.

—¿Dónde?

—En casa de esa tía. Es la señora que, de alguna manera, me ha criado.

—¿Y...?

—¡Buenos días! —El rostro de Sebastian era de cuento al inhalar el aroma a tuco y pastas frescas que envolvía a las mujeres—. ¡Mmmm! ¡Qué bien huelen esos tallarines!

—¡Doctor! Qué bueno tenerlo por aquí. —Maddie se puso en pie y le estrechó la mano.

—Sebastian, siéntate. Te traeré un plato. —Lilia salió disparada para el interior de la casa.

—En realidad, estoy algo apresurado...

—¡Es una orden, niño! ¡Siéntate que comerás! —ordenó Maggie enarcando una de sus cejas.

—Siendo así, obedeceré. —Se acercó a Sienna y le depositó un beso en la mejilla—. ¿Cómo te ha tratado ese esguince?

—Es una paciente obediente —dijo Maddie, y él sonrió.

—¿Cómo estás, Sienna? —Sebastian le asió las manos en un gesto fraternal y las lágrimas regresaron con fuerza.

—Necesito recostarme. Estaré en mi habitación. Tú come y luego me ves el pie. ¿Está bien?

—No. Te veré ahora.

—Necesito ir al baño —mintió. Su estabilidad emocional pendía de un hilo.

—Entonces ve. En quince minutos estoy contigo.

Ella asintió y, caminando con la andadera, se marchó.

Sebastian la vio caminar.

—Está triste. —Lilia no podía evitar hablar, y mientras lo hacía, apoyaba el plato de tallarines delante del médico.

—Hemos platicado de nuestras familias y resulta que ella es huérfana. La hemos hecho llorar. —Completó Maddie.

—No elegimos la vida que nos toca cuando nacemos —razonó Sebastian—; sin embargo, podemos virar la dirección cuando nos hacemos cargo de las riendas. De ese valor dependerá nuestra felicidad.

—No me imagino crecer sin padres. Yo..., es que lo he tenido todo. Y cuando sucede esto, no manejo muy bien las situaciones —confesó Maggie—. Es difícil cuando no he experimentado tanta pérdida.

—Mas que pérdida, una ausencia. —La melancolía había invadido a Sebastian.

—Extrañas a tu madre, ¿verdad? —Él sonrió y asintió.

Sebastian Miller tenía treinta años y era médico desde hacía cuatro años. Había cursado sus estudios en tiempo y forma y ahora intentaba especializarse en cirugía cardiovascular. Tanto en Texas como en el resto de los Estados Unidos, la medicina demandaba muchísimos años de estudios que uno debía ir entrelazando con la residencia y la vida. Era hijo único. Su padre había fallecido tiempo atrás; y su madre, recientemente, por lo que la gente asumía que la tristeza que lo embargaba se debía a esa pérdida, cuando no lo era. Claro que él había amado a sus padres, demasiado, habían sido buenas personas y le habían brindado el amor que todo niño precisa para crecer sano y fuerte, física y mentalmente, pero la muerte de su madre había desencadenado una sucesión de hechos que él desconocía y que habían alterado su vida, cuando menos la parte emocional. Se encontraba en plena confrontación consigo mismo. ¿Podía decir que entendía el dolor de Sienna? No lo sabía, pero

intentaba comprender tomando como referencia el suyo propio.

Se terminó los tallarines y, dando las gracias, se disculpó y pidió ser llevado hasta donde estaba su paciente, para revisarle el tobillo y seguir su rutina diaria que, a pesar de que fuera sábado, tenía la agenda repleta de pacientes que lo esperaban, pues al no atender en el hospital iba a ver a las personas que lo necesitaban y no se podían mover de sus domicilios.

Golpeó la puerta y esperó que le diera permiso para avanzar.

Entró y allí estaba Sienna, esperándolo recostada con el pie listo para ser revisado.

—¿Te ha dolido? —preguntó con ternura mientras se sentaba en el borde de la cama al lado del tobillo.

—Un poco. La pomada que me has dado es muy efectiva. —Él sonrió—. Y bañarme ha sido un acierto. Además del hielo, claro.

—Sabes que Jeremy está loco por ti, ¿verdad? —Sienna lo miró sorprendida, menuda cara tenía el médico que iba y le soltaba eso como si nada, mientras le quitaba la venda elástica—. Está mucho más deshinchado. —Hizo presión leve en la planta del pie, movió los dedos y luego giró la articulación con extremo cuidado para localizar el dolor—. ¿No te duele?

—Solo un poco cuando lo giraste.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—La costumbre. He aprendido a soportar el dolor.

—Eres un misterio —le dijo mientras le untaba la crema en la zona afectada.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Eres una mujer hermosa y siempre has estado sola. —Sebastian sonrió—. Recuerdo cuando llegaste al pueblo...

—¿Lo recuerdas? —Sus ojos se cristalizaron.

—*Hey!* —Con su pulgar barrió una lágrima—. No llores. Creo que

debes prestarle más atención a Jeremy.

—¡Oh! Ese viejo... vive saltando de cama en cama. —Al darse cuenta de lo que había dicho quiso retractarse sin saber bien cómo—. Yo no quise..., él puede hacer lo que le plazca... ¡Ufff! Creo que estoy hablando de más. —Sebastian sonrió.

—Sin embargo, yo creo que son tus sentimientos los que pujan por salir. ¡Déjalos! Simplemente, déjalos que fluyan.

—Es difícil. —Iba a llorar otra vez cuando Sebastian cogió sus manos.

—¿Sabes qué? —Ella negó con la cabeza—. Nosotros somos los difíciles, no las situaciones. Siempre hay una manera simple de arreglar las cosas, pero elegimos la complicada; la que nos destroza, la que no nos permite vivir en estado de felicidad. No lo olvides, Sienna, nosotros hacemos las cosas difíciles. —El silencio los envolvió.

Sebastian se detuvo absorto mirando el tobillo de la mujer. Con su pulgar acariciaba una peculiar mancha que ella tenía en el túnel tarsiano, ubicado entre el maléolo medial y el calcáneo, gesto que duró apenas unos segundos, pero cuya profundidad consternó a ambos.

—Casi no me duele —rompió Sienna el momentáneo mutismo.

—Creo que debes intentar apoyar el pie con cuidado, porque la recuperación que has tenido ha sido increíble. —Él le sonrió—. ¿Por qué viniste a Wixon Valley?

—Aaron buscaba secretaria para su padre y yo buscaba trabajo.

—En Bryan hubieras conseguido mejores empleos. —Sebastian notó que ella tragaba con dificultad.

—¿Tú crees? Yo creo que no. No hay que valorar el dinero por encima de los afectos. Todo lo que amo está aquí. Hay personas que son irremplazables. El amor es irremplazable.

—¿Tienes hijos? —Las lágrimas volvieron a asomarse y Sebastian le acarició el rostro. Fue un gesto tierno y rápido. Ella arrugó su naricilla y tosió—. Te duele la garganta, ¿verdad? —dijo él.

—Un poco.

El médico buscó en su maletín y extrajo un envoltorio.

—Te haré un hisopado. No duele y nos ayudará a saber si es viral o bacteriano. Tú abre la boca y di «ahahahahaaaaa». —Introdujo el hisopo y con suavidad tomó una pequeña muestra del fondo de su garganta. Sienna tosió y Sebastian le tendió el agua—. Listo. En dos días sabremos.

—¿Me llevas a mi casa? Necesito estar allí.

—Creo que debes quedarte aquí. —Decidió el médico.

—Y yo creo que debo regresar.

Capítulo 5

El viaje a San Antonio le había llevado más tiempo del imaginado.

Entregó el caballo sobre las diez de la mañana, con dos horas de retraso. Tras realizar las transacciones económicas previstas, despachó la producción de arándanos cuya venta había concretado el jueves anterior. También asistió a la feria anual ecuestre, aunque no era un mercado en sí, sino una exposición de ejemplares que no estaban a la venta y solo se exhibían para el encargo de crías. Él buscaba un percherón negro. Siendo honestos, no es que le hiciera falta, pero anhelaba conseguir uno para Sienna, pues sabía lo que a ella le encantaban. Al final se decidió por regalarle la *Divina comedia*. Ella siempre la citaba cada vez que él hacía algo que la disgustaba, y le soltaba un largo discurso comparándolo con los demonios de Dante.

Ahora en la carretera, con unos veinte minutos por llegar, maldecía haber socorrido a Kevin Blanchet cuando se lo encontró en la ruta haciendo dedo, creyendo que podía acercarlo hasta Bryan. El muy cabrito tenía que regresar a San Antonio, no continuar el viaje! Así que, en lugar de dos horas, el regreso le estaba reportando lo mismo que la ida, icasí cuatro horas y media!

Estaba cansado, de mal humor y sucio.

Necesitaba bañarse y ver a Sienna.

Suspiró.

La calle que lo llevaba al rancho se le antojó la gloria. Sin embargo, recordó que debía recoger lo que había encargado el día anterior en la ciudad. Resopló y siguió transitando la ruta a desgano.

Treinta minutos después estaba en el rancho, aparcando debajo del roble.

Descendió de su camioneta y se encaminó a la casa. La imagen de su madre, junto a Maddie y Lilia sentadas en el porche, le arrancó una sonrisa.

—¿Y Sienna? ¿Descansa? —Se le había olvidado saludar.

—Buenos días —lo reprendió su madre—. Sí. Duerme. En un rato debo despertarla. —Las otras mujeres miraron a Maggie enarcando una de sus cejas—. Ve a bañarte que de aquí se huele el asco que apesta.

—Veré a Sienna y subiré...

—¿En serio? No tienes idea de lo mal que hueles, ¿verdad? Báñate rápido y luego la ves. —Su madre se puso en pie—. Las mujeres odiamos el olor a mugre. ¡Dúchate ahora mismo, Jeremy Moore!

—Está bien... Está bien. Me ducharé primero. Con permiso.

Lo vieron alejarse y subir las escaleras.

—¡Le has mentido! —susurró Maddie.

—Es que si no le miento, este bruto se va así sucio —musitó Lilia.

—Por lo menos va a estar limpio cuando se entere. —Maggie sabía que pondría el grito en el cielo.

—¿Y qué hacemos? —Los dedos de Maddie tamborileaban en su regazo.

—Y... inada! ¿Acaso podemos hacer algo? —Lilia tejía con más

ahínco.

—Haré café. —Maggie se puso en pie y entró en la cocina.

—¡Con whisky! —El grito de Lilia casi deja sorda a Maddie.

Pasaron quince minutos...

Veinte...

Y Jeremy no bajaba.

—Y después dicen que las mujeres somos las lentas para prepararnos. —Sorbió Maddie su café agradeciendo que fuera irlandés.

—¿Dónde están nuestros hombres ahora? —La carcajada de Lilia espantó a las demás.

—Enterrados. No nos duraron ni veinte años.

—Bueno, el mío duró un poco más —repuso Maddie.

—Demasiado, ¿no? —ironizó Maggie.

—Sí, tal vez sí. Una no quiere que se vayan, pero cuando parten... —Maddie suspiró—. Luego de hacer el duelo, nos encontramos con una nueva vida. Una nueva vida que debemos de aprender a vivir. Y he descubierto que no es amarga, sino una etapa más.

—Di la verdad, te gusta. —La aguijoneó Maggie.

—Me gusta. Y a veces siento culpa.

—Pues no deberías. —Lilia había retomado su tejido—. Ni fue tu culpa ni tu voluntad. Es la ley de vida. Y la vida que nos quede por vivir debemos hacerlo de la mejor manera posible.

—¡Jeremy! Ven. —Maggie había escuchado que su hijo bajaba las escaleras. El hombre se acercó a su lado y Maddie quedó impresionada.

—Sí que estás guapo, muchacho. Casi que no pareces de sesenta.

—Tengo cincuenta y siete —corrigió él gruñendo.

—¿Qué son tres años? —rechistó su madre.

—¡Una vida! Si consideramos al paso que avanza —se enfadó—. Sobre todo, si la mujer de la que estoy enamorado es menor que yo.

—¿Sabes los cascajos de cincuenta años que pululan por doquier? —lo reprendió Lilia—. Tú estás demasiado bien para tu edad. El que hayas trabajado toda tu vida con tu cuerpo y empleando la fuerza te ha permitido llegar en buen estado a esta edad. —Él sonrió.

—Y una buena alimentación junto a un buen vivir —razonó—. El factor económico y el emocional son vitales para mantenernos a flote, y yo he tenido la suerte de que mi padre ya había forjado todo.

—Tu padre hizo florecer este rancho —se enfadó su madre—, pero tú lo has llevado a la gloria, hijo. Y eso ha sido por tu trabajo constante. Lástima que contigo muere el legado, porque Aaron no quiere saber nada.

—Así es. Sin embargo, lo he educado para eso. Él no está obligado a atarse al rancho. No se lo permitiría. La única regla que no les he consentido romper a mis hijos ha sido el estudio. Ambos estudiaron y son muy buenos en lo que hacen. Estoy orgulloso de ellos. Y el rancho quedará para quien quiera trabajarlo o lo venderán. Solo son tierras. De todas maneras, no me preocuparé por eso ahora. Iré a ver a Sienna... Ustedes me están distrayendo.

—No está —soltó su madre.

—¿Quién? —preguntó él confundido.

—Sienna. —Maggie lo miró con atención, podía ver en sus ojos que ardería Troya.

—Se ha ido con el médico cuando vino a controlar su tobillo —agregó Maddie.

—¿Y por qué no me lo dijeron ni bien llegué?

—Porque estabas asquerosamente mugriento. No puedes ir a buscar a una mujer en esas condiciones —se enfadó Lilia—. ¡No sé quién inventó que a nosotras nos agrada el olor a sudor de ustedes! Las novelas que fantasean con eso lo hacen porque sus autoras nunca han puesto sus narices en cuellos como el vuestro. —La cara de asco de la mujer arrancó una sonrisa a Jeremy.

—Lo tendré muy en cuenta. —Descendió los escalones del porche—. Si no regreso, no me llamen. No las atenderé. Es más, apagaré el móvil.

—¿Y qué hacemos?

—Llamen a Helena.

Se subió a su camioneta y se fue.

El trayecto hacia el pueblo fue tranquilo si consideramos que las calles estaban desiertas y la luz que emitía el sol al ponerse era suficiente para ver con normalidad; sin embargo, Jeremy Moore era el Etna al borde del cataclismo. ¿Por qué se había marchado?

Aparcó frente a la casa de Sienna.

Avanzó hasta el zaguán y llamó a la puerta.

Una vez.

Dos.

El tercer impacto fue algo más enérgico, sin llegar a ser escandaloso.

Nada.

Asió el picaporte y este cedió.

La entrada no tenía la llave echada, lo cual le pareció extraño, ya que ella siempre cerraba absolutamente todo. Entró en la casa y el llanto sibilante lo asustó. Era intenso e inconsolable.

El sonido lo condujo hacia el sillón.

Y allí estaba.

Arrellenada entre los cojines, hecha una bolita. Parecía una niña más que una mujer.

Ajena del mundo. Inmersa en el suyo. Lloraba a mares.

Verla así le rompió el corazón y entendió que una pena muy grande la invadía. Se quitó el abrigo, los zapatos y se acercó a ella. Le acarició el pelo. Le tomó las manos; las tenía heladas. Vio como las lágrimas bañaban en abundancia su rostro. Comprobó que la calefacción estuviera encendida. Fue hasta la habitación de Sienna y la preparó para recibirla. Regresó a su lado, la tomó en sus brazos y la llevó escaleras arriba hasta su cama. La depositó allí con suavidad y se acostó a su lado. La envolvió en sus brazos y el llanto se tornó aún más vivo. Y entendió que no solo estaba sosteniendo su cuerpo, sino también su alma. Las palabras se ausentaron porque no eran necesarias. Preguntar qué sucedía no era válido, puesto que la angustia y el dolor la inundaban. Solo quería que ella dejara de sufrir. Y lo único real que tenía para darle era su amor.

Al pasar las horas, poco a poco, el llanto fue remitiendo hasta quedarse dormida. Y solo después de que Sienna alcanzó una serenidad plena, Jeremy se permitió dormir a su lado.

Domingo

La mañana del domingo llegó y con ella la tormenta que los había amenazado durante dos días sin derramar una gota o esparcir un soplo, pues ahora estaba lloviendo a cántaros y el viento se intensificaba por momentos. El cielo estaba encapotado y daba la sensación de que el sol no se asomaría en días. Eran alrededor de las nueve de la mañana cuando parecían las cinco de la madrugada o las diez de la noche, porque la oscuridad que envolvía al pueblo

era considerable.

Sienna sintió como el abdomen se le oprimía. Por momentos se le dificultaba respirar. Era difícil poder mover las piernas. Era como si sus miembros inferiores no pudieran ejecutar la orden directa del cerebro que les ordenaba moverse. Luchando consigo misma se despertó para encontrarse aplastada por Jeremy. Suspiró al darse cuenta de que no era un problema real. Su cuerpo estaba bien, aunque comprimido.

—Jeremy. —Intentó girarse entre sus brazos, pero le fue imposible—. Jeremy.

Lo único que podía hacer era tocarlo y no quería. Sin embargo, no le quedó más que acariciarle el rostro mientras susurraba su nombre.

—Jeremy...

—¡Dios! Te estoy aplastando. Lo siento.

Ella inhaló y exhaló profundamente al sentirse liberada, aunque perdió el calor que la envolvía. Él se incorporó con inmediatez sin dejar de mirarla.

—¿Estás mejor?

—¿Cuándo llegaste? —susurró somnolienta.

—Sobre las siete de la tarde.

—No me he dado cuenta. —Sienna se cubrió el rostro con sus manos.

—Estabas sumergida en el dolor. No dejabas de llorar. Te dormiste cerca de las tres de la mañana.

—Perdón. —La timidez la embargó.

—¿Por qué? ¿Por ser humana? ¿Por tener sentimientos? ¿Por dejar salir el dolor que te aprieta el alma? Las lágrimas nos liberan de los sufrimientos.

—Hay algunos que son eternos.

—No. No son eternos, pero pueden perdurar lo que dura la vida. Luego la cosa cambia.

—¿Cómo puedes estar seguro? —Era la primera vez que hablaba con él sobre eso.

—Porque prefiero creer que el alma no muere a creer que somos simples seres mortales que nos extinguimos con el cuerpo. —Jeremy le acarició la mejilla con ternura—. Es sencillo, o crees o no. Depende de uno. ¿Y sabes qué? —Ella negó con la cabeza—. Tenemos la libertad de elegir lo que queramos.

—Eliges creer —susurró ella y él asintió—. Yo también.

—Ayer venía a declararte mi amor. Y te encontré arrellanada el sillón, llorando. Y entendí que no te amo como creía. —Sienna estaba acostumbrada a ser rechazada, pero no estaba segura si quería sentir el rechazo de Jeremy—. Te amo más allá de todo y de todos. Con tus días increíbles y tus días horribles. Te amo porque eres exactamente como eres. Y puedo afirmar, sin equivocarme, que eres maravillosa. Eres la primera mujer en mi vida a la que he amado por encima de todo. Y me arrepiento de haberte ignorado tanto tiempo. No voy a excusarme, porque mi estupidez no tiene justificación alguna, pero sí te diré que desde que te fuiste mi vida cambió.

Sienna entrecerró sus ojos. Esperaba que le arrojara a la cara el haberse ido dejándolo con todo el trabajo, y en parte tendría razón, porque ella se había marchado de la noche a la mañana.

—No me debes ninguna explicación. Tu vida es tuya. Haces y deshaces como te plazca.

—Es verdad. Sin embargo, el día que decidiste irte no dejaste un trabajo, me dejaste a mí. Primero me sorprendí, jamás imaginé que podrías marcharte. Luego entré en pánico, porque me di cuenta de que nunca más escucharía tu voz todas las mañanas. —Sonrió con

pesar—. Con el paso de los días, no verte fue una auténtica tortura. Y me di cuenta de que no quiero vivir sin ti. De que eres el engranaje vital que da curso a mi existencia. Y todas, absolutamente todas las cosas que tú llevabas en el trabajo las puedo hacer yo, con esfuerzo y más tiempo, pero las puedo realizar. Sin embargo, eres tú a la que no quiero reemplazar. No puedo. Y no quiero.

—¿Te parece si desayunamos?

Fue todo lo que dijo Sienna.

—Me has privado de tu café por cuatro meses y ocho días. —Ella sonrió.

—Tendrás que ayudarme a bajar.

Sienna acarició a Jeremy como si fuera un sueño que se esfumaría de un momento a otro. Con sus dedos rozó sus labios. Con ambas manos contuvo su rostro y se acercó con sigilo para depositar un suave beso sobre ellos. Sus manos se apartaron de él y todo su cuerpo, como por inercia, se alejó. Sus ojos violetas se cristalizaron y en nada se convirtieron en estanques al borde de derramarse.

—Tengo miedo. —Las lágrimas se vertieron—. Nunca he tenido nada. He pasado los años intentando completarme sin poder lograrlo. Estoy rota. No soy una persona estable. Paso de la risa al llanto sin inmutarme. En el trabajo puedo contenerme, pero fuera de la rutina laboral soy un volcán en erupción. Y jamás dejaré de serlo.

—No me importa. Te quiero así, rota. Y cada vez que te rompas, estaré para abrazarte. Para que derrames tus lágrimas en mí. No te dejaré atravesar sola ese sufrimiento que llevas. Simplemente soy feliz contigo. No te pido que te tires de cabeza a una relación, porque puede que te asustes, como ya lo estás. Solo te pido una oportunidad. Si sientes lo mismo que yo, déjame estar a tu lado. Y en el día a día nos iremos queriendo, nos iremos consolando y

fortaleciendo. De a dos siempre es mejor. Solo quiero abrazarte al final de la jornada y que te sientas segura entre mis brazos. Quiero compartir mi vida contigo. Quiero atardecer a tu lado.

Sienna lo abrazó.

Por primera vez en su vida se sintió amada.

Sintió como cada una de sus palabras la envolvían.

Sintió la fuerza de su amor porque sabía que ese hombre era sincero. Lo conocía muy bien, distinguía la rectitud de sus intenciones y que jamás hablaba en balde.

—Acepto.

—¿Quieres casarte conmigo? —Sienna lo miró enarcando una de sus cejas—. Vale, es demasiado, ¿no?

—Sí, Jeremy, es demasiado. Una cosa a la vez o saldré corriendo.

—Y te seguiré. Estoy viejo pero en estado, gracias a Dios —susurró.

—¡Por Dios! No eres viejo. Eres perfecto.

—Eres la primera persona en el mundo que me ha dicho que soy perfecto. Claramente no lo soy. Soy un desastre, pero si a tus ojos soy perfecto, es un buen comienzo.

—Tienes razón. Eres un desastre. Un perfecto desastre.

—Te amo, preciosa.

—Tendrás que demostrarlo. Las palabras se sustentan con las obras.

—Gracias. —Él acarició su mejilla.

—¿Por qué? —Una mueca de confusión alteró su rostro.

—Por darme una oportunidad. —El estómago de Sienna rugió—. Y el primer paso será hacerte el desayuno, porque por el quejido de tu barriga, lo más probable es que me desayunes a mí. —Jeremy se puso en pie y la tomó en sus brazos—. Te dejaré en el baño y traeré la andadera.

—No es necesario. Puedo apoyar un poco el pie. Déjala abajo.

—Me avisas cuando estés lista y te busco. No bajes sola las escaleras. Es peligroso porque todo el peso de...

—Lo sé. Te llamaré.

Ella cerró la puerta del baño.

Él bajó las escaleras.

Capítulo 6

La tormenta movía los árboles con intensidad.

De un momento a otro era muy probable que alguna supercélula se formara a pesar de que no era época de tornados, pues el viento soplaba con fuerza y se arremolinaba creando pequeñas trombas. La lluvia golpeaba con fuerza las paredes y las ventanas. Si no fuera por los postigos enrollables antitornados que podían soportar un viento de más de 300 km, los vidrios reventarían. Claro que, vista desde dentro, en un día de tormenta como el que estaba aconteciendo, la casa parecía una cárcel; esos benditos postigos eran buenos, pero aislaban completamente el interior del exterior, las ventanas quedaban bloqueadas. Jeremy los había colocado luego de que una fuerte tempestad arrancara de cuajo lo que tenía, sin contar con que a Sienna le daban pánico las tormentas y en Wixon Valley acontecían con frecuencia.

Había sido Aaron Moore quien había contratado a Sienna para que trabajara en la pequeña oficina que él mismo había montado para su padre. Aaron contaba en ese entonces con dieciocho años. Su ingreso a Harvard había sido aprobado debido a su inteligencia y a varios ensayos realizados referentes a las ciencias sociales, pero, sobre todo, por ser campeón nacional de esgrima y el primero en la

lista de los esgrimistas olímpicos. Sin embargo, su ambición por ingresar a Harvard prevaleció sobre su participación en los Juegos Olímpicos. Aunque el muchacho no tuviera intención de vivir en Texas, había sido él quien había ayudado a Jeremy en todos los temas relacionados al rancho, y llegado el momento consiguió quien hiciera su trabajo con la aptitud necesaria. Así entró Sienna en la vida de los Moore. Aaron había visto en ella una inteligencia y una capacidad para llevar las riendas empresariales del negocio de su padre que rivalizaban con las suyas propias. Y debido a que Sienna no era de Wixon Valley, los Moore decidieron darle la casa que ellos tenían en el pueblo y no habitaban, ya que residían en el rancho; y Sienna aceptó solo si se la alquilaban, ella no necesitaba caridad de nadie. De esa manera, sucedió que, al pasar los años, Jeremy le ofreció la casa en venta a un precio al que ella podía acceder, porque no quería que Sienna se quedara sin nada en caso de que él falleciera; ese fue el preciso instante en que él asumió estar enamorado plenamente de esa mujer y, aunque ella no lo supiera, él la cuidaría siempre. Y el tiempo fue sucediéndose y, desde hacía diecisiete años, Sienna Mitchell era la mano derecha de Jeremy Moore, hasta hace cuatro meses atrás en que ella había renunciado y el mundo se había vuelto negro para él.

—¡Jeremy!

Sienna lo llamó y él supo que estaba lista para bajar.

Subió con prisas, la tomó en sus brazos y descendieron las escaleras. Iba a dejarla en el sillón cuando le pidió que lo hiciera junto a la mesa. No muy convencido, la ubicó donde ella quiso.

—No debes apoyar el pie si no es necesario.

—No soy tonta. No lo apoyaré si no debo hacerlo, pero tampoco me quedaré quieta por un esguince. —Ella lo miró cansada—. ¡Es un

esguince! ¡Ni con la cesárea estuve tan quieta! ¡Por Dios!

El mundo se congeló.

Jeremy la miró.

Sienna lo miró.

Ambos sabían que acababa de revelar algo muy guardado.

Él dejó la taza en la encimera y, sin quitarle ojo, tomó el toro por las astas...

—¿Quieres hablar de ello?

—No. —Más que una negación fue un pedido.

—Perfecto. Entonces desayunemos. —Descorrió la silla y la ayudó a sentarse—. Mi café no es como el tuyo, pero si le viertes leche es más que aceptable. —La risa de Sienna le llenó el corazón—. Además, he hecho magia con lo que he encontrado en la nevera. ¡Por Dios! Parece una verdulería, tiene más verduras y frutas que carne.

—Como sano —respondió enarcando una de sus cejas—. Odio lo frito, la grasa y el picante en exceso. Lo siento. —Él sonrió.

—Lo sé. Y no tienes que disculparte por ello. Es genial que tus gustos sean tan saludables. Además, ya estoy adaptado a ellos. —Sienna arrugó su naricilla—. La mejor manera de entender algo si nunca lo has hecho es probar, en la medida en que se pueda, claro. Y cuando tú llegaste con todo tu repertorio culinario, pues me dije «tal vez debas intentarlo». Y fue así como comencé a comer más saludable. Menos grasa y menos frito es ideal para llevar bien los años. ¿Cómo crees que hago para estar así de bien? —Le guiñó un ojo cómplice y ella sonrió.

Nunca se hubiese imaginado a Jeremy Moore comiendo verduras en lugar de fritos por las mañanas. Probó el café y estaba delicioso. Tal vez más que el suyo.

—Mira —dijo él trayendo una bandeja—. Te he hecho una tortilla

de espinacas y huevos, omelette de queso con verdeo y perejil y unos panecillos de manteca y levadura con parmesano. ¿Te animas?

—Muero de hambre.

Fue todo lo que dijo ella antes de comenzar a comer.

Y todo estaba riquísimo. Bueno, tal vez la tortilla necesitaba un poco más de condimentos, pero la cocción estaba en su punto justo. Y el omelette ciertamente no era el suyo, pero se dejaba comer. Jeremy engullía a dos carrillos. Ella ya lo había visto comer miles de veces, pero que estuviera allí, con ella, en su casa, compartiendo una comida de manera tan familiar le encantó y la molestó a un tiempo.

—¿Por qué? —Quiso saber Sienna.

—¿Por qué? —La réplica de Jeremy fue automática; descolocado como estaba, solo atinó a fruncir el entrecejo.

—¡Sí! —insistió—. ¡¿Por qué ahora?! Hace diecisiete años que nos conocemos. La vida nos ha pasado por las narices. ¿Por qué decides ahora enfrentar lo que sientes?

Jeremy resopló.

Mala señal. Él solo bufaba cuando intentaba buscar la manera exacta de que se le entendiera porque era evidente que no ocurría. Y el resoplido significaba que el asunto le interesaba lo suficiente como para ser preciso en su explicación. Ya lo sabría ella luego de haber compartido todas sus mañanas y sus tardes por tantos años. Sienna se aclaró la garganta, le venía escociendo desde hacía dos días, y amó la expresión de ternura y disgusto que reflejaba el rostro de Jeremy.

—La verdad es simple y las palabras trilladas. —Elevó sus ojos cafés y los clavó en los de ella. Pocas veces la había visto sin las lentillas marrones y, a decir verdad, admiraba con profusión sus preciosos ojos violetas—. Me he dado cuenta de que te perdía y no

quise que pasara. Lo siento. Sé que tendría que haberte dicho mucho antes que has robado mi corazón con tu magnífica forma de ser, pero no he podido. He tenido que estar entre la espada y la pared para animarme a decirte que lo eres todo para mí. Y no voy a mentirte, haberme dado cuenta de que sientes algo hacia mí me permitió avanzar.

—No puedo creer que la timidez te avasalle —ironizó ella—. Te le has lanzado a toda mujer que ha pasado delante de tus narices.

—Ninguna me interesaba, solo tú has estado en mi mente desde que llegaste aquí.

—¡Diecisiete años, Jeremy! No es una semana ni un mes. ¡Son muchos años!

—Nunca me diste una señal de que yo te importara. —La consternación en su rostro le indicó a ella que él hablaba muy en serio.

—¿Yo debía darte una señal? —Él asintió y ella puso los ojos en blanco. Eso era muy surrealista—. No puedo creerlo...

—Sienna, cuando tú llegaste tenías veintinueve años y yo era un hombre de cuarenta, viudo y con dos hijos, demasiado ocupado en sacar adelante un rancho que detestaba. Quedé eclipsado cuando te vi y la realidad me golpeó de lleno en el estómago porque tú eras joven y preciosa. ¿Qué pintabas con un hombre viejo, padre y que la mayor parte del tiempo andaba oliendo a caballo? Además, a los pocos meses de llegar comenzaste a salir con el hermano de Antonio, que por cierto era de tu edad.

—Tienes un problema con eso, ¿verdad?

—¡Claro! Tenía un problema en ese entonces y lo tengo ahora también. Tú eras joven, con toda tu vida por delante, y yo ya estaba de vuelta. No podía conquistarte y no permitirte que vivieras tu juventud.

—Y ahora sí puedes porque ya soy vieja, ¿no?

—¿Qué? —Él se ofendió—. ¡No! Ahora puedo porque cuando me echaste en cara que me revolcaba con medio pueblo, y toda la cháchara que me has arrojado, me he dado cuenta de que te importo. De que sientes algo por mí.

—Y yo pensando que era muy obvia. Que se leía en mi cara mi amor por ti.

—Pues nunca me di cuenta. Jamás imaginé que pudieras sentir otra cosa que no fuera aprecio de amigo. Y, con franqueza, no hubiera tolerado el hecho de ser rechazado.

Ella rio nerviosa delatando su desconcierto.

No entendía cómo ese hombre que se llevaba el mundo por delante no fuera capaz de expresar sus sentimientos. Inhaló y exhaló. Se serenó. Cerró sus ojos y los apretó con fuerza. Ese gesto, tan bien conocido por Jeremy, significaba que tenía ganas de estamparle una bofetada.

—Conmigo. —Él ladeó su cabeza sin entender—. Solo conmigo te inhibes...

—¡Porque te amo! Porque me vuelves loco. Si te decía algo y te marchabas... ¡Dios, Sienna! No sé vivir sin ti. Escucharte decir «buenos días» es el mayor regalo para enfrentar el día. Tú eres la razón por la que me levanto todas las mañanas. Amarte en silencio ha sido y es una tortura. Expresar mis sentimientos implicaba riesgos que no estaba dispuesto a afrontar. Y cuando te fuiste... mi mundo se terminó. ¿Sabes lo que es llegar a la oficina y no oír tu voz? ¿No sentir tu presencia? ¿No envolverme con tu olor? ¿No verte? Detesto mi vida sin ti.

—Podría rechazarte.

—Sí.

—De hecho, estoy pensando en hacerlo.

—Lo sé.

—Dame una razón para no rechazarte —insistió ella.

—No la tengo.

—Es difícil, ¿sabes? —dijo ella y él asintió—. Cuando llegué a Wixon Valley eras una persona, pero con los años te fuiste convirtiendo en otra. —Ella cogió sus manos y acarició sus nudillos—. No me malinterpretes, eres un ser excepcional. Eres una magnífica persona, Jeremy Moore, pero de la noche a la mañana te distanciaste y comenzaste a flirtear con quien se te cruzara por delante y eso... Eso me rompió el corazón. Estaba tan enamorada de ti...

—Lo siento. Lo siento tanto. Perdóname, por favor.

—Necesito saber qué pasó. Un cambio tan drástico tiene una causa.

—No quiero excusarme. No voy a poner nada como pretexto. He obrado mal. Muy mal. Estoy arrepentido. No sabes cuánto. Sin embargo, no quiero que mi estupidez sea una disculpa por mi comportamiento. Jamás.

—No confías en mí —se lamentó ella.

—Claro que sí. Te confiaría mi vida. Solo que no quiero que haya un atenuante. No quiero que me perdones por lástima. Quiero... Necesito tu perdón por amor.

—No confías en mi criterio. —Él la miró con dolor—. Y créeme que nunca habrá un atenuante para aplacar el día que te encontré con Louisa. —Jeremy se cubrió el rostro con sus manos y lloró—. Inténtalo, Jeremy. Dime qué sucedió.

Él se puso en pie y caminó por el comedor bajo la atenta mirada de ella.

Se sentó en el sillón.

Sienna lo conocía demasiado como para saber que estaba

buscando la fortaleza para expulsar las palabras que tenía atascadas.

Resopló.

Amaba a ese hombre, pero solo lo aceptaría con toda su verdad.
La verdad.

Capítulo 7

El sillón que lo acogía era firme, ni siquiera había cedido un milímetro al coger su peso. Era de roble macizo y el cojín lo recibió con la firmeza exquisita de un bloque de granito preparado para resistir imperios. Sin embargo, él necesitaba que lo absorbiera, que lo engullera y lo trasladara a otra dimensión. Sabía que lo que iba a confesar era de vital trascendencia. Sabía que era un problema por resolver, y si se lo decía a Sienna... ¡Dios!

—No es fácil, Sienna. —Se mesó su cabello, alguna vez negro y ahora veteado por el gris plata que le sentaba de maravilla—. Es una parte de mi vida que creía estaba sepultada. —Elevó sus ojos y los clavó en los de ella—. ¡Literal! Y sin embargo...

Resopló.

—Mi esposa, Ernestina, falleció durante el Katrina, lo sabes. —Ella asintió—. Estaba en Nueva Orleans cuando el huracán tocó tierra y arrasó con toda su fuerza. Ella y Samantha, la madre de Emma, eran muy amigas y juntas fueron a visitar a otra amiga que estaba por ser madre. El cuerpo de Samantha fue encontrado; sin embargo, el de Ernestina no. Muchas personas desaparecidas nunca fueron halladas ni vivas ni muertas. El agua los arrastró al mar mientras que otras quedaron sepultadas debajo de los escombros.

Todos los desaparecidos, luego de un tiempo, fueron dados por muertos. Desde eso ya ha pasado mucho tiempo. Aprendí a vivir con el dolor de ver a mis hijos sufrir por la muerte de su madre. Los he criado lo mejor que pude.

—Eres un padre maravilloso, Jeremy. —Sienna podía sentir el sufrimiento en su voz.

—Crecieron, y Aaron, como ya sabes, se fue a estudiar a Harvard. —Él sonrió con complicidad—. Él siempre ha querido vivir en Nueva York y siempre lo he apoyado. Jamás lo ataría a estas tierras. Y algunas veces he ido a visitarlo. Y la primera vez que fui... —Se puso en pie y caminó. El silencio se adueñó del lugar; silencio que era quebrado solo por la tormenta que se gestaba afuera. Se detuvo y la miró—. Me encontré con Ernestina... en Nueva Jersey.

Sienna abrió sus ojos de par en par.

No esperaba que le dijera eso.

Estaba preparada para un «no he dejado de amar a mi esposa», un «aparece en mis sueños cada noche», un «he aprendido a vivir sin ella aunque habita mis recuerdos». Cualquier cosa menos que le dijera que estaba viva.

—¿Cómo que viva?! —Entrecerró los ojos, incrédula—. ¿Perdió la memoria? Si está viva ¿por qué no regresó? ¿Hace cuanto que sabes esto?

—Lo sé hace nueve años.

—¿Qué?! —El grito consternado e indignado de Sienna alarmó a Jeremy—. ¿Y tus hijos?

—Me hice la misma pregunta. ¿Y mis hijos? Y tuve que decidir qué hacer... y decidí lo que mejor me pareció en ese momento.

—Les ocultaste la verdad. ¿Por qué?! —Ver la decepción en el rostro de Sienna lo destrozó—. ¿Por qué, Jeremy?

—Porque Ernestina no perdió la memoria. No regresó porque no

quiso. Está ilesa y sin problemas. Aprovechó la tragedia del Katrina para abandonarnos. Simplemente se fue y dejó a sus hijos. Posee otra identidad, está casada y tiene otros niños. No quiere a los que dejó.

—¿Qué? —La angustia se había adueñado de su tranquilidad—. Tus hijos son increíbles. ¡Dignos de ser amados por una madre! Todos los niños deben ser amados por sus madres. —Las lágrimas afloraron motivadas por viejos recuerdos—. Esto es demasiado...

—Querías la verdad, ¿no? Pues la verdad a veces es muy diferente de cómo la imaginamos.

—Si lo sabré; sin embargo, no esperaba esto. ¡Dios! Necesito descargarme. ¡Y no puedo correr!

Buscó con la mirada sobre la mesa.

Y allí, con dos panecillos, estaba el plato de cerámica. Ese que tanto aborrecía por su diseño. Sonrió. Quitó los panecillos, los cuales dispuso sobre la mesa, y tomando el plato con ambas manos, lo sostuvo únicamente con la derecha para aventarlo contra la pared, estrellándolo con fuerza y vigor para hacerlo trizas.

—Mejor. —Él sonrió. En la oficina arrojaba pelotas de goma, su lema era «liberar energía» y lo hacía. Jamás se quedaba reprimida ni contenía un malestar.

Jeremy caminó la distancia que lo separaba de ella y se sentó a la mesa, no a su lado, sino enfrente. Suspiró. Se apoyó en el espaldar de la silla y se endrechó en toda su estatura. Era un hombre alto, pasaba el metro noventa. Era de complexión robusta, podría decirse que su espalda era un muro. Su musculatura, a pesar de los años, era impecable debido al trabajo forzado de todos los días. Su tez trigueña y sus ojos cafés combinaban a la perfección. Cada una de sus arrugas estaba en los sitios justos. Sus labios, definidos, conservaban la madurez que los años le habían otorgado.

A los ojos de Sienna, era un hombre fuerte y hermoso. Ella amaba sus manos, grandes y ásperas, semejantes al cuero curtido; manos moldeadas por el trabajo duro y la fuerza templada de su personalidad, capaz de domar un caballo salvaje o acariciar con ternura. Ese era Jeremy Moore para Sienna Mitchell.

—Cuando Aaron se instaló en Nueva York, me pidió que fuera para la Pascua. Eso fue en el año 2018. Helena no quiso ir, estaba en el último año de preparatoria, ya sabes: los exámenes, el baile y las cartas de las universidades. Estaba en su mundo. Fue un año revolucionario para ella.

»Llegué el martes anterior al Viernes Santo; y mientras Aaron trabajaba, me dediqué a pasear. Tú entiendes que el amontonamiento de gente no es lo mío, así que busqué un lugar tranquilo para caminar y descubrí un pequeño poblado: Ridgewood. Sabes que amo el café, así que entré a una cafetería y allí estaba ella. —Su mirada se perdió en la nada—. Cuando un niño pequeño tomó su mano y la llamó «mamá» quedé estupefacto. Claro que al ver esa situación dudé, pero cuando ella me vio, lo confirmé. No había palabras que me convencieran de que ella no era Ernestina, por más que otras personas la llamaran Grace —él sonrió—; su rostro demudado y pálido me lo confirmaba. Y ahí supe que algo no andaba bien. Me acerqué a ella, saludé y, como colofón, se acercó su esposo; un hombre alto, aunque más bajo que yo y menos corpulento. Se presentó con nombre y apellido, como si eso fuera un escudo. La verdad es que a mí me sirvió saber quién era para poder indagar luego. Así que dije que la había confundido con otra persona. Me presenté, pedí disculpas y me marché. Sin embargo, nunca dejé de mirarla con frialdad, lo que le indicó que quería hablar con ella ese mismo día. Me quedé en la barra y, de un momento a otro, un papel apareció a mi lado con el sitio y el horario para

vernos. Así que esa tarde nos reunimos en una cafetería de Nueva York. —Él negó con su cabeza mientras se pasaba la mano izquierda por su rostro—. Fue todo tan surreal. —Se rio—. Apareció con unas gafas enormes, un pañuelo en la cabeza y vestida con colores oscuros. Me sentí dentro de una película. El color natural de su cabello es castaño, como el de Helena, y ahora lo tenía rubio; sin embargo, apareció con una peluca negra. Quise irme sin más, pero me obligué a quedarme porque necesitaba respuestas.

Se hizo un silencio momentáneo durante el cual Sienna le tomó la mano y lo acarició. Jeremy la miró con profundo dolor. Al cabo de un momento, y sin querer hacerlo, se sumergió en aquel penoso pasado...

—Tengo muy poco tiempo. Sé breve. —La mujer se sentó enfrente de Jeremy y se quitó el abrigo mientras él la observaba.

—¿Perdón? No tengo nada para decir y mucho para escuchar. Así que trata de no ser breve, y si lo eres, esmérate en ser clara. Creo que tienes mucho por contar.

—La verdad, no. —Se quitó las gafas, y la mirada cínica que tan bien conocía reemplazó a la que le había obsequiado en la mañana.

—¿No quieres saber cómo están tus hijos? —Jeremy alucinaba.

—No. De lo contrario hubiese regresado.

—¿Lo planeaste? —Él se refería al día en que se había marchado a Nueva Orleans.

—Sí. Todo el mundo sabía que el Katrina tocaría tierra de un momento a otro, así que decidí irme a Nueva Orleans.

—¿Y Samantha? —El dolor por el egoísmo de esa mujer lo consternaba y lo embargaba aun tiempo—. La llevaste contigo.

—Necesitaba una coartada para salir del rancho.

—¡Si siempre has hecho lo que has querido! Nunca nadie te ha

prohibido algo. Para mi madre has sido como una hija. Ella te ha consentido en todo, incluso por encima de mí. No había una razón para que llevaras a Samantha.

—Las cosas se dieron como se dieron, Samantha murió. Ella estaba con Lara; sin embargo, yo me había refugiado.

—Claro, si te refugiabas con ellas no podrías seguir tu plan —razonó Jeremy.

—Todo tiene un precio.

—¿Por qué? —Era la rabia la que blandía esa pregunta.

—Porque la rutina me mata. Y tú... tú ni siquiera me mirabas. Dejaste de ser mi esposo en la cama, ¿lo recuerdas? Dijiste que no volverías a tocarme luego de que nació la mocosa. Y Aaron era tu adoración. ¿Yo qué pintaba? Y para colmo tenía que soportar a tus críos. Ni muerta me quedaba en ese rancho. Cuando me casé contigo creía que me llevarías a la ciudad. ¿Acaso no estabas estudiando en Houston? Sin embargo, te quedaste en el mugroso pueblo. Así que me harté. No tenía comodidad ni amor.

—Nunca tuviste mi amor. Te dije que no te amaba y tú quisiste casarte igual. Sabes muy bien que mi madre me obligó porque quedaste embarazada. ¡Quisiste quitarte la vida!, supuestamente. Y me obligaste por todos los medios más ruines a contraer matrimonio contigo.

—Creí que lograría enamorarte. ¡Todos se morían por estar conmigo! Todos menos tú. Incluso te follabas a mis amigas, pero no a mí. ¡Maldito imbécil!

—Mi madre te crio. Creciste en mi casa, eras como una hermana.

—Pero no era tu hermana y estaba enamorada de ti.

—Estarías encaprichada... obsesionada. ¡Ese sería el término! Estabas obsesionada conmigo, maldita loca. —Jeremy miró a Ernestina como entendiendo algo del pasado—. Fue una trampa...,

¿no? —Ella sonrió, irónica.

—Era la única manera de que me follaras. Casi siempre te revolcabas con Celia. Y por el precio justo, ella me cedió su lugar una vez que tú ya estabas en su cama. Y estabas medio borracho, aunque no tanto, pero lo suficiente como para que te dejaras vendar los ojos y atar las manos. Y amanecimos juntos. Y quedé preñada.

—¿Era mío? Permíteme dudar.

—No. Era del capataz de tu padre, pero él no diría que se revolcaba con la niña de la señora de la casa, porque tu padre lo echaría y su mujer también. La idiota de Lilia siempre creyó que su marido era un ejemplo de ser humano cuando al muy asqueroso le iban las adolescentes. Pero follaba de muerte. El asunto es que necesitaba una coartada para el embarazo y tú eras mi única opción. Nos casamos, perdí al niño y, rota de dolor, intenté llevar un matrimonio normal, así quedé preñada de Aaron y luego de Helena. Pero el globo reventó cuando me encontraste besándome con unos de los peones. ¿Y sabes qué? Todo fue culpa tuya.

—¡Mi culpa! —Estaba asqueado de escucharla.

—Sí. Porque nunca te fijaste en mí. Ni cuando me follabas me sentí amada.

—Porque nunca te amé. Y siempre te lo dije. Nunca te mentí. Jamás he estado enamorado de ti. Los niños me retenían a tu lado.

—Por eso me fui.

—¿Y por qué no te fuiste antes? De una manera normal. Sin montar todo este circo. ¿Sabes lo que ha sufrido Helena? ¿Y Aaron?

—Me fui a mi manera porque no quería ese pasado a mis espaldas ni que unos niños me estuvieran persiguiendo. Quería ser libre de todo. Quería empezar de cero y eso hice. —Lo miró sin ningún remordimiento—. Ahora tengo otra vida. Una vida con comodidades. No tengo que fregar ropa, ni cocinar ni llevar a los

niños a la escuela. Tengo dinero de sobra para que otros hagan lo que yo quiero. Y puedo follarme a quien me dé la gana sin que mi esposo se entere. —Lo miró con odio y, cambiando el tono de voz, enfatizó—: Y no te quiero en mi vida... ni a ti ni a tus hijos. Ernestina está muerta y no resucitará. Dispongo de todos los medios para mantener mi identidad actual. Ni siquiera las huellas digitales coincidirán con mi antigua yo. No te atrevas a enfrentarme. —Modificó la entonación y sonrió con maldad—. ¡Y deja de mirarme como si fuera un monstruo! —Le cogió la mano y él la retiró enseguida—. Solo soy una persona que se reinventa y que no permite que nada ni nadie la avasalle. Yo forjo mi vida: lo que no me gusta lo borro y vuelvo a dibujar. —Se puso en pie y se colocó las gafas—. Espero que estas respuestas hayan sido suficientes porque no pienso reunirme contigo en la vida. —Se abrigó y se marchó de la misma manera como había llegado—. Adiós, Jeremy.

Él estaba absorto en el recuerdo.

A medida que el diálogo se reproducía en su memoria, le iba relatando a Sienna la conversación. No fue una narración extensa, más bien breve y concisa.

Sienna pudo sentir su dolor.

Estaba roto. No por él, por sus hijos.

—Nunca la amé. Siempre fui sincero. Y amo a mis hijos, pero saberme manipulado de esa manera me rompió por dentro. Nada tuvo sentido. Aaron era adulto, recién recibido de abogado y trabajando en uno de los mejores bufetes del país. Y Helena estaba terminando la preparatoria y se iría a estudiar a College Station. Me sentí solo y perdido, porque me encontré, de repente, ante aquel Jeremy que con veintidós años tuvo que dejar la universidad para hacerse cargo de un hijo que no era suyo. De todas maneras, no

puedo obviar mi parte de culpa. Si en aquel entonces no hubiese sido tan irresponsable, Ernestina no hubiese tenido la posibilidad de atraparme. Lo hizo, precisamente, porque el ritmo de vida que yo llevaba se lo permitió.

—¿Estabas en la universidad? —El asombro de ella le hizo gracia.

—Estudiaba Medicina en Houston.

La sonrisa melancólica acabó con el suplicio de las lágrimas que, desde hacía un buen rato, amenazaban con derramarse; encontrando su cauce, se vertieron una tras otra como vagones que caen al precipicio. Él se permitió llorar abrazando aquel recuerdo.

—Jeremy...

—Nunca quise hacerme cargo del rancho, pero con un hijo por llegar tuve que replantearme muchas cosas, entre ellas el hecho de regresar a la universidad. Recuerdo que peleaba con mi padre porque el rancho quedaría a la deriva si yo me iba a estudiar. Así que cuando se enteró del embarazo se alegró, porque sabía que tendría que quedarme.

»Al principio me enfadé. Me enfadé muchísimo. Yo quería ser médico, no ranchero. Luego comprendí que era mi culpa, por ser tan licencioso, y Ernestina era una víctima de mi estupidez y, sobre todo, el niño que nacería no tenía culpa de nada. Y era mi hijo. Y me vi a mí mismo, en la situación en la que podría estar mi hijo en un posible futuro si yo me marchaba a la universidad y lo dejaba... Entendí que debía hacerme cargo de él, no con dinero, sino con amor. Y me quedé y me casé, y Ernestina sufrió un aborto natural del cual ahora dudo. Y luego vino Aaron y lo amé tanto como amo a Helena. Y por ellos no me arrepiento, pero duele. Duele mucho.

Sienna se puso en pie.

Rodeó la mesa y lo abrazó.

Se aferró a él como si ella misma necesitara ese abrazo.

Los brazos fuertes la apretaban en la cintura a la vez que los suyos lo envolvían con calidez.

Había descubierto que Jeremy era un alma herida al igual que ella.

Y eso la acercó más a él.

—Jamás pensé las cosas como realmente sucedieron. —El susurro ahogado de Jeremy velaba su voz—. Y debo de confesar que fue un golpe para mi autoestima. Me sentí tan poco valorado. Tan vacío... Una profunda desolación me embargó y la apatía se adueñó de mí. Descubrí que nada me satisfacía, salvo tú. Tu risa y tu voz. Cómo pronuncias mi nombre cuando te enojas..., pero eras inalcanzable. —Sin romper el abrazo, buscó su mirada—. Y debo confesar que cada una de las discusiones que hemos tenido las he buscado con profusión, porque batallar contigo me devolvía el alma al cuerpo, me recordaba que seguía vivo. —Ella se separó unos centímetros y asió su rostro entre sus manos.

—Eres una persona maravillosa, Jeremy. —Él sonrió dolido.

—No quiero que tengas pena de mí. Te lo dije. No quiero justificar...

—Créeme que tu comportamiento no puedes justificarlo con nada. Aunque asumo que el impacto de la mentira te regresó a aquellos años previos al matrimonio y adoptaste esa misma vida promiscua que llevabas a tus veinte.

Cubrió sus manos con las suyas.

La asió de la cintura, la acercó a una silla obligándola a sentarse, de lo contrario su tobillo volvería a inflamarse. Tomó asiento a su lado. Se mesó el cabello con frustración contenida y regresó la vista a su rostro. Al cruzar miradas contempló la serenidad de ella.

—Me doy vergüenza. Tenía pánico de enfrentarte y que me rechazaras. Mis acciones jugaban en mi contra. Y la edad...

—Tus acciones, sí. Tu edad, no. Eres un hombre joven.

—Solo tú puedes decir eso. —Él sonrió con amor—. Soy un hombre viejo que ha estado enamorado de ti desde que te conoció, pero que permitió que el pasado lo absorbiera por años.

—Qué peculiar que es el ser humano, ¿no? Pudiendo elegir bien, lo hace mal. Pudiendo comunicarse con las demás personas, saca sus propias conjeturas, analiza y resuelve. Si tan solo me hubieses preguntado.

—No podía, Sienna. A mí sí me pesa ser mayor que tú. Sobre todo en aquel entonces, cuando estabas en plena juventud; no podía simplemente atarte a mí. Tenías que vivir tu vida y tener tus experiencias. Y luego me negué a todo lo bueno y abracé el libertinaje. Sabía que no era suficiente para ti y decidí apartarte de mis pensamientos. Sin éxito, claro. Y día tras días me hundía más en mi propia mugre. Lo siento tanto.

—Si me hubieras observado te hubieras dado cuenta de que he estado enamorada de ti desde siempre; sin embargo, has hecho tus deducciones y llegado a la conclusión de que debía vivir mi vida, de que era una cría. ¿Y qué tal si ya estaba cansada de todo? A veces el aspecto exterior no refleja el interior. Y sí, era joven en aquel momento, pero ya había vivido lo suficiente como para saber mucho de la existencia. —Él entrecerró sus ojos y ella viró el tema—. Lo importante es que el pasado es eso, pasado, y el presente es lo que nos rodea y lo que nos moviliza. Hoy es hoy y nunca va a ser diferente, siempre va a ser hoy. Si vivimos pensando en el pasado o en el futuro no vivimos, solo recordamos y anhelamos. Nos olvidamos de vivir —ella asió sus manos y las retuvo entre las suyas—, así que te propongo que vivamos hoy. Te amo, Jeremy Moore.

Y muy lento se acercó a su boca y la cubrió con la suya en un beso suave y tierno.

—Eres la única mujer a la que he amado y amo. Nunca he estado enamorado hasta que llegaste tú.

—Yo no he amado a nadie como te amo a ti. Y sé que debo responder a tu confianza de la misma manera en que tú te has liberado de tus cargas conmigo. Y lo haré, pero no hoy.

—Será cuando lo creas necesario. Ahora... —Jeremy se puso en pie y la tomó en sus brazos—. Solo te amaré por todos estos años en los que te he negado a ti y a mí este amor.

Y las escaleras se convirtieron en el nexo entre lo que dejaban atrás y la promesa de lo que vendría. Aquellos escalones no materializaban un ascenso físico, sino un despojo de la vida anterior en la que cada uno hubo de vivirla sin el otro. Las escaleras sostenían ese instante suspendido en el tiempo que antecedió al preámbulo del resto de sus vidas.

Y el océano que los separaba se desbordó y los engulló.

Sienna guardó su rostro en el cuello de él, allí quería yacer.

Él la sostuvo con la fuerza de una promesa implícita: no soltarla jamás.

Y las horas se sucedieron.

La distancia se había disuelto. Y el lazo que forjaron traspasaba el tiempo y lo contenía a la vez. Juntos desafiarían cualquier realidad.

Eran un único ser desbordante en plenitud.

Solo quedaba el amor que ambos guardaban en demasía.

Un amor que, en ellos mismos, encontraba su cauce y su perfección.

Capítulo 8

Lunes

Y la tormenta que azotaba Wixon Valley se esfumó con el correr de la noche.

El amanecer limpio presagiaba un bonito día de fin de otoño.

Sienna se despertó ante la atenta mirada de Jeremy.

—Sospecho que nos hemos quedado dormidos, ¿no? —susurró ella.

—Sospechas bien. Y quedas secuestrada el resto de la semana —sentenció él.

—¿Cómo que el resto de la semana?! Tengo que trabajar.

—¿Te he dicho que tus ojos violetas me enloquecen? —Acarició su rostro sin quitar su mirada de aquellos preciosos ojos—. Detesto tu albinismo ocular. Desearía poder estar en presencia de tu mirada violácea toda la eternidad. —Sienna se mordió el labio inferior. Intuía que había llegado el momento de su verdad.

—No tengo albinismo ocular. Uso las lentillas marrones para ocultar mi identidad.

Jeremy se incorporó sosteniendo su cuerpo en su antebrazo izquierdo; de lado la miraba enarcando una de sus cejas, haciendo

esa mueca con sus labios que ella encontraba muy graciosa.

—No me interesa lo que hayas hecho. Te amo de todas maneras.

—¡Oh! Gracias. Me quedo tranquila. —Él rio y besó sus labios con ternura.

Sienna descorrió las sábanas y se puso en pie con mucho cuidado. Llegó con lentitud hasta su biblioteca, la cual se encontraba en una de las esquinas de la habitación, y de uno de los cajones extrajo lo que Jeremy creía que era un libro. Lo llevó consigo de vuelta a la cama y se lo tendió. Él lo cogió y lo abrió con sutileza, pues ella se lo había entregado con reverencia, indicando, en ese gesto casi religioso, el lugar que ocupaba en su vida. Y descubrió que no era un libro, era un álbum. Un álbum de fotos y anotaciones.

—Es mi hijo. —Las lágrimas brotaron y se derramaron como si ya supieran el camino a recorrer.

Y él pasó las páginas leyendo cada una de las letras que acompañaban las imágenes, y supo, por el dolor que cargaba cada palabra, que Sienna había vivido lejos de su hijo toda su vida. Cuando las fotos se sucedieron una detrás de otra, comenzó a atar cabos y reconocer caras. La misma cara a través de los años. Decidió detenerse antes de confirmar lo que intuía. Regresó las páginas. Volvió al principio y solo hizo una pregunta.

—¿Por qué no tienes fotos de cuando era bebé?

Y Sienna rompió en llanto.

Las lágrimas que de alguna manera estaba conteniendo se desbordaron y despedazaron la fragilidad que había logrado construir mientras Jeremy pasaba página tras página.

Y lloró en sus brazos.

Y él recordó el momento exacto en que la había encontrado en el sillón.

Era el mismo dolor.

Un dolor que nacía de las entrañas; y supo que no había visto crecer a su hijo.

Qué rara era la vida... una madre sin hijo y sus hijos sin madre. Y ambos anhelando dar y recibir amor maternal.

Y las horas transcurrieron.

No era fácil que Sienna regresara del trance que le provocaba ese dolor.

Muy de a poco se fue relajando. No solo era agotamiento físico, era extenuación emocional.

—Lo siento —susurró mientras Jeremy acariciaba su cabello.

—No vuelvas a disculparte. Es parte de tu vida y aquí estoy para cuando quieras hablar de ello. Jamás te juzgaría. Lo que sí me queda claro es que tú nos elegiste a nosotros, no Aaron a ti ¿verdad? —Ella sonrió.

—Fue recíproco. Ustedes necesitaban alguien y yo necesitaba estar aquí. De la manera que fuera. ¿Sabes? Soy maestra.

—¿Maestra? —Jeremy la miró alucinado.

—¿Qué? ¿No parezco una maestra?

—No. Eres demasiado hermosa para ser maestra. De hecho, yo inventaría una excusa todos los días para verte en la escuela —él suspiró y ella lo miró entrecerrando sus ojos—. Ya quiero verte con el uniforme. —La mano de Sienna dio una palmada en su pecho a la que él respondió con un quejido.

Sienna rompió el abrazo.

Se enjugó las lágrimas que aún mojaban su rostro.

Se sentó en la cama con los pies hacia el suelo y suspiró.

—Sienna...

—No. Necesito decirlo, aunque ya te hayas dado cuenta. —Jeremy asintió.

—¿Por eso usas las lentillas? Para que él no se dé cuenta.

—Digamos que los ojos violetas no son muy comunes, ¿no? —Se puso en pie y, envolviéndose en el salto de cama, caminó hacia el baño.

—El tobillo... —Él iba a levantarse para ayudarla cuando ella se detuvo y lo miró.

—¡Ya está bien! ¡Es un tobillo! —gritó enfadada.

—Perfecto.

Jeremy suspiró. Sabía que aquello iba a ser duro.

No sabía si vestirse, quedarse allí, en la cama o preparar el desayuno.

Quería hacer lo mejor para ella.

Se cubrió el rostro con las manos... ¡No tenía ni idea de lo que era mejor!

Era preferible que todo siguiera su cauce.

Esperó en la cama y siguió mirando el álbum.

¿Cómo no se había dado cuenta? Los ojos violetas son rarísimos. Por lo menos tendría que haber sospechado. Que el muchacho tuviera un ojo violeta y otro gris no era normal. Se había acostumbrado tanto a los ojos marrones de Sienna que rara vez recordaba su verdadera tonalidad.

Ella regresó del baño y se sentó a los pies de la cama, parecía una niña que iba a dar una explicación sobre alguna travesura. Había cruzado los pies, cada uno descansaba sobre el muslo opuesto; su espalda estaba erguida y sus brazos relajados sobre las rodillas. Era increíble su flexibilidad. Parecía tan frágil; sin embargo, era fuerte.

—Mi nombre es Sienna Morgan Pratt, claro que, si me buscas por ese nombre, no hallarás nada. Mis padres, con todo su dinero, se encargaron de borrar mi existencia. —Sonrió irónica—. Te persiguen las muertas.

—Es ilegal. No pueden darte por muerta, debe de haber un certificado médico, una...

—Lo sé. Además, está asentado mi cambio de identidad en la Corte de Nueva York.

—Eres de Nueva York...

—Sí. De una de las familias que descienden de los Cuatrocientos. La mayoría de ellos perdieron sus fortunas, pero conservaron el estatus social intacto. En el caso de mi familia, conservaron ambos. Y yo sería algo así como la oveja negra —suspiró a la vez que cerraba sus ojos—. Quedé embarazada a los quince años. Ni bien se dieron cuenta me enviaron a un campo en Utah. Allí tuve a mi hijo. Me atendió un médico en una clínica privada. Luego supe que era clandestina. Al no ingresar al sistema de salud no hay datos sobre mi maternidad ni sobre el nacimiento de mi hijo. Nunca parí para esta sociedad. Nunca estuve embarazada, salvo por mi cuerpo que claramente evidencia la cesárea. —Sonrió con desdén—. Lo hicieron con anestesia general. No les importó que mi vida y la del bebé corrieran riesgo. Solo querían quitármelo. —Las lágrimas contenidas se precipitaron por sus mejillas—. Ni siquiera lo vi. Cuando desperté... ¡Dios!

Se puso en pie y comenzó a caminar dentro de la habitación. Cualquiera que la viera se daría cuenta de que esa mujer estaba encerrada dentro de su sufrimiento. Un sufrimiento que la arrastraba y doblegaba sobre sí misma una y otra vez. Un sufrimiento que se nutría de ella permanentemente, como si fuera un monstruo alimentándose de sus entrañas día y noche.

—Cuando desperté mi panza no estaba... y mi hijo tampoco. —Sonrió con dolor y las lágrimas cristalizaron sus pupilas—. No puedo explicar el sufrimiento que me invadió. La desesperación. No sé cómo era mi hijo cuando vino al mundo. No pude cargarlo,

escucharlo... Nada. —La garganta se le cerró en un nudo emocional que la asfixiaba. Comenzó a hipar para poder ingresar el aire que se le antojaba pesado. Las lágrimas caían como si se tratara de un embalse en plena apertura. Quería hablar y no podía. Se obligó a serenarse—. Me dolía todo el cuerpo. —Sonrió—. No me daban los calmantes, si sentía dolor, no saldría corriendo tras mi niño. Fueron muy inhumanos conmigo. —Lo miró con todo el sufrimiento en sus ojos—. Ese día se detuvo mi mundo. Una semana después me subieron a un auto y me regresaron a Nueva York. No pude hacer nada, mi cuerpo estaba destrozado. Me recuperé de a poco; sin embargo, emocionalmente cada día era peor. Sentía que me habían arrancado el alma. ¿Sabes que las madres guardamos células de nuestros hijos en nuestro cerebro? —Jeremy asintió—. Y nuestros hijos guardan las células maternas en todo su cuerpo: corazón, intestino, hígado, cerebro. Hay un paso real de células durante el embarazo que atraviesa la barrera placentaria... —Sienna lo miró con esperanza—. De alguna manera siempre estoy con él y él está conmigo.

»Aprendí que una madre nunca llora lo suficiente, siempre hay lágrimas. Se reproducen, no se acaban jamás. Así que entendí que además de llorar debía hacer algo por mí. Terminé la preparatoria y puse mi físico en óptimas condiciones; si quería buscar a mi hijo debía estar bien, debía tener un cuerpo que soportara lo que fuera. Cuando alcancé la mayoría de edad, presenté ante el juez de la Corte de Nueva York la petición de cambio de apellido. Ocho meses más tarde dejaba de ser Sienna Morgan Pratt y pasaba a ser Sienna Mitchell. Adopté el apellido de mi abuela materna, y regresé a Utah, pero de mi hijo no había ni rastro. Estaba perdida, no sabía por dónde empezar porque desconocía de qué manera habían ingresado al niño al sistema. O tal vez no. Me armé un plan de búsqueda y fui

estado por estado buscando, hasta que alguien se comunicó conmigo icasi seis años después! Era una mujer que había trabajado en la clínica donde había nacido mi hijo. De todas maneras, la esperanza me duró un soplo, me dijo que mi niño había sido entregado a una «Caja de bebés» en Ohio, en Cincinnati, en el condado de Hamilton. Ella misma lo había dejado allí. —Caminó por la habitación estrujándose las manos—. Lo recordaba por mis ojos violetas y porque el niño había nacido con heterocromía: un ojo gris y otro violeta. —Sonrió—. Imposible de olvidar. Así que allí comenzó mi odisea —suspiró y volvió a sentarse—, porque al ser entregado en una «Caja de bebés», nadie quiere dar información de nada. Se entiende que la madre se desprendió voluntariamente de él. Nadie iba a ayudarme. Me sentí derrotada. —Las lágrimas volvieron a vencerla—. Lloré por días. Hasta que me obligué a entender que nadie haría algo por mí. Debía ser yo la que hiciera lo que fuese necesario. Así que, averiguaciones tras averiguaciones, fui atando cabos hasta que encontré un hilo por el cual tirar y deshilé hasta dar con una persona que conocía a una pareja que tenía un hijo con heterocromía, pero que se habían mudado a Texas por trabajo. Logré obtener el apellido y así supe en qué ciudad de Texas estaban.

—¿Cómo conseguiste el apellido?

—Mintiendo. He aprendido a escuchar a la gente y saber exactamente qué es lo que quieren oír o qué les interesa para caerles bien y que estén dispuestas a ayudarme. En fin, les dije que él (el hombre que tenía a mi hijo) era mi hermano biológico y que no conocía su apellido de adopción y que necesitaba ubicarlo. Me inventé toda una historia familiar muy triste —volvió a sonreír con tristeza—, a la gente le encanta ayudar en cosas tristes. Así que fui aprendiendo qué decir para obtener ayuda.

—¿Y dónde estaban?

—En Houston. Alexander Miller era ingeniero petroquímico y Aurora era maestra. Así que ni bien llegué, me anoté en la Universidad de Houston para estudiar la Licenciatura en Ciencias del Aprendizaje y la Enseñanza. Pedí créditos y la terminé en dos años. Luego traté de buscar trabajo en la misma escuela a la que iba mi hijo y lo logré. Así podía verlo todas las mañanas.

—¿Y cómo supiste que era tu hijo? —Ella sonrió atesorando aquel recuerdo.

—Me acerqué y, «sin querer», colisionamos y mis anillos se enredaron en su cabello. Así obtuve un pelo con raíz. Como ya sabrás, en la raíz de un pelo se guarda ADN nuclear que es perfecto para revelar con exactitud el ADN de una persona. Y de forma anónima supe que ese niño era mi hijo. Solo que no tenía heterocromía, sus ojos eran grises. Supuse que habían mutado. Cuando un niño nace puede tener ojos de un color, pero recién al año se define la melanina.

—Dios, Sienna, ha sido toda una odisea.

—Tenía ocho años cuando lo encontré. Y al terminar la educación primaria se mudaron de condado. Eligieron Wixon Valley para vivir. Comenzó la secundaria y ya no lo veía con la regularidad de antes. Debía conformarme con algún que otro día. —Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas—. Pero no me alcanzaba. Y apareció Aaron.

—Esa es una virtud de mi hijo, siempre en el sitio justo en el momento indicado.

—Yo había ido a las oficinas de Workforce Solutions Brazos Valley buscando o solicitando cualquier tipo de trabajo en Wixon Valley, y Aaron fue por lo mismo, pero tratando de emplear a alguien. Así que ni bien él hizo la petición, me llamaron y concertamos la entrevista enseguida.

—Y así entraste en mi vida. —Ella sonrió con amor y Jeremy se

puso en pie y la abrazó.

—Nunca pude darle un abrazo. Lo más que he hecho ha sido estrecharle la mano.

—Pues tendrás que solucionar eso, Sienna. La mujer que yo conozco y la que me acabas de presentar no se inmuta ante nada. Así que coge el toro por las astas y enfrenta a tu hijo.

—No puedo. —El llanto la venció—. Ni siquiera sé si sabe que es adoptado. Además, puede sacar sus propias conjeturas y odiarme por abandonarlo.

—¡Por Dios! Es un muchacho increíble. Jamás te juzgaría. Debes darle una oportunidad.

—¿Y si resulta que ni quiere verme? —Se separó de Jeremy y volvió a caminar estrujándose las manos—. Yo no podría vivir sin él. Así, por lo menos, lo veo, le hablo...

—Pero no puedes abrazarlo...

La puerta vibró interrumpiendo el momento. Al eco sordo de los primeros impactos le siguió el timbre y, justo después, una nueva ráfaga de golpes enérgicos que resonaron por toda la casa. Jeremy bajó las escaleras y, mirando por la mirilla, vio que era el médico.

Suspiró.

No sabía si era un buen momento.

Abrió.

—Buenos días, Jeremy. ¿Hoy no trabajas? —El médico lo miró de arriba abajo. Se notaba en su ropa que estaba medio vestido—. ¿Van rápido las cosas?

—Muchacho, mejor ni preguntes. ¿Tú cómo estás?

—Como se puede. —Jeremy percibió su voz apagada. Se notaba cansado y recién empezaba la semana—. Acabo de salir de la guardia del hospital, y antes de perderme en el sueño, decidí pasar para ver cómo está Sienna.

Ni bien nombrarla, ella comenzó a descender las escaleras.

Envuelta en el salto de cama estaba preciosa.

Sebastian quedó inmutado al verla.

Su boca abierta y su sonrisa intermitente demostraban su sorpresa.

—Ni se te ocurra bajar sola. Empeorarás tu tobillo.

Jeremy corrió a su lado, la cargó en andas y la descendió con facilidad. La dejó en el sillón. El médico se acercó para revisar su pie.

—Tus ojos... —Fue lo único que dijo Sebastian, y ella palideció, se había olvidado de cubrírselos con las lentillas marrones.

—Padece albinismo ocular —soltó Jeremy y ella asintió.

—Perfecto. —Sebastian recuperó la compostura—. Son preciosos. —Sonrió como si hubiera descubierto un tesoro—. Te reviso el tobillo y me voy a dormir. Estoy exhausto.

—Claro.

Sienna se sentó en el sillón y se descubrió el tobillo. La venda elástica la tenía harta, pero entendía que era para comprimir la zona ayudando a reducir la inflamación y darles soporte a los ligamentos afectados. De esa manera, junto al dolor, recordaba que no debía apoyar el pie más de lo necesario.

—Mucho mejor. Está desinflamando bien. —Él sonrió—. El hematoma se está poniendo verde. ¿Sabes por qué? —Ella negó con la cabeza—. Porque los glóbulos rojos se descomponen y producen biliverdina, un pigmento verdoso que indica que tu cuerpo está limpiando la zona. ¿Lo has apoyado?

—Sí.

—¿Te ha dolido?

—Un poco, entonces cambio de posición y duele menos.

—Perfecto. No lo exijas. Si te cuidas, en tres días lo apoyarás

casi sin dolor.

—¿Quieres café? —preguntó Jeremy.

—No. En verdad estoy muy cansado, pero mañana paso sobre la tardecita. Y tal vez alguna noche podría cenar; si me invitan, claro.

—Estos jóvenes de ahora... —susurró Sienna.

—Claro que, si no quieres...

—¡No! ¡Sí quiero! Nos avisas y listo. —Sebastian sonrió.

—Vete a dormir. —Jeremy palmeó el hombro del médico.

—Ya no puedo tenerme en pie. Hasta mañana.

Le dio un beso a Sienna, estrechó la mano de Jeremy y se marchó.

Ambos se quedaron mirando la puerta.

—¿Quieres salir un rato? Podemos almorzar en Bryan.

—Me parece una idea genial —sollozó ella.

—Pues te llevaré arriba así te vistes.

—¡Dios! He visto a Sebastian así.

—Y te dijo que estabas preciosa.

Ella sonrió y apoyó su cabeza en el hombro de él.

Era la primera vez en su vida que se sentía protegida.

Capítulo 9

Un lunes al mediodía, Bryan estaba en plena ebullición.

Niños y adolescentes pululaban por todos lados, los que salían y los que ingresaban a sus respectivas escuelas y colegios.

Las veredas repletas de trajeados que buscaban su lugar para almorzar.

Gente que iba y venía.

Gente en todos lados.

Gente viviendo sus vidas.

—¿Dónde quieres comer? —Jeremy le dejó la decisión a ella.

—Pues... mmm... Tal vez en... no. ¡Ah! ¡Sí! En Caffé Capri.

—¿Y eso? —El gesto de él le dio risa a ella.

—Te va a encantar.

—¿Segura? Tengo hambre.

—Ya verás.

—Mucha hambre. Dime que hay carne.

—Hay carne.

—Perfecto. —Sonrió y ella le devolvió la sonrisa—. Luego iremos de compras. Dime la dirección del lugar.

—222 N Main, justo enfrente del teatro Queen. ¿Qué quieres comprar? —Sienna enarcó una de sus cejas.

—Me encanta que no te hayas puestos las lentillas —confesó él.

—No las usaré jamás. Las detesto. Pero —le dio una palmada en el hombro— estás esquivando mi pregunta, ¿qué comprarás?

—Los regalos de Navidad.

—No festejo Navidad. No lo he hecho en treinta años —susurró asustada—, aunque podría intentarlo. —Lo miró y en sus ojos solo había lugar para la esperanza—. Lo intentaré.

—Detestaría estar sin ti en un día tan especial. —Le cogió la mano y le dio un beso en los nudillos—. ¿Dónde ibas cuando te marchabas de la ciudad dos días antes de Navidad? A Helena le has dicho que ibas a pasar las Navidades con tu tía, lo cual es una mentira, ¿verdad?

—Así es. Todos estos años me he ido a Islamorada. Allí lloro tranquila. Y el paisaje me relaja. No podía quedarme cerca de mi hijo sin poder abrazarlo. Sin compartir la Navidad con él. Así que me marchaba y luego de Año Nuevo regresaba. Era más fácil. A veces, cuando no vemos, sufrimos menos.

—Es verdad. No es lo mismo saber que hay niños mendigando de la basura, descalzos y sin ir a la escuela, que verlos con nuestros propios ojos. Es un golpe de realidad.

—Por alguna razón los dichos son sabiduría popular —soltó ella.

—¿Qué dicho? —La intriga en la voz de él era palpable. No sabía con qué le saldría.

—«Ojos que no ven, corazón que no siente». Mi nana era de Puebla y su madre era española. Y mi amiga, de Colombia.

—Es parecido a «fuera de la vista, fuera de la mente», solo que el tuyo tiene una carga más emocional, cuando el que se acostumbra a decir aquí es más práctico. —Jeremy hizo una mueca de desagrado—. Definitivamente somos más hoscos.

—Lo importante es que tú no lo eres. Eres un hombre de

sentimientos nobles.

—¡Mierda! No hay estacionamiento.

—No pasa nada, tienes dos fuertes piernas que te transportarán sin problema alguno. Aparca donde puedas. Caminaremos —Sienna resopló. Eso lo hacía solo cuando él decía un sinsentido. Y eso la enfadaba. Y él sonrió.

—No me molesta caminar, preciosa. —Ese tonito de voz siempre lo empleaba para hacerle notar que se equivocaba, y eso la volvía loca—. Por si no lo recuerdas, tu tobillo no puede caminar tres cuabras, pero si lo que quieres es que te cargue hasta el restaurante, lo haré encantado.

—¡No! ¡Me había olvidado! Vira. Algo encontraremos. No puedes estacionarte a tres cuabras. ¡Y no me llevarás en andas!

Jeremy aparcó a cuadra y media a pesar de las quejas de ella.

Descendió de su camioneta y dio la vuelta para cargarla. Y, a pesar de sus reproches, la asió en sus brazos y la llevó en andas la distancia que los separaba del restaurante, con ella despotricando en susurros lo inapropiado que era aquello, mientras él disfrutaba de llevarla consigo.

Entraron a Caffé Capri y pidieron mesa para dos.

Al verla a ella en andas, el *maître* les consiguió mesa de inmediato. A diferencia de Sienna, que se avergonzaba de ese privilegio, Jeremy gozaba de ese pequeño triunfo que les evitaba esperar su turno.

—Esto no se hace —susurró ella a su oído mientras se dirigían a su mesa.

—En verdad estás lesionada. ¿Qué prefieres, que te cargue veinte minutos? Deseo tenerte encima de mí en circunstancias mucho más interesantes.

—¡Jeremy! Estamos en el restaurante.

—¿Para qué crees que están los baños?

—¡En tus sueños!

—No querrás entrar en mis sueños, preciosa. No te dejaría salir jamás.

—Aquí. —El *maître* los ubicó y Jeremy descendió a Sienna dejándola en la silla—. En seguida los atenderán.

—Gracias. —Ella le sonrió y el hombre reparó en su mirada.

—Sus ojos son magníficos, mi señora. —Jeremy lo miró atónito.

—Coincido con usted en que sus ojos son magníficos, pero es mi señora, no la suya.

—Disculpe, caballero. —Haciendo una inclinación de cabeza se marchó—. Con permiso.

—Un poco atrevido el *maître* —se quejó mientras cogía la carta.

—Jeremy Moore, dime de qué va esto.

La expresión en el rostro de ella era preocupante. Estaba seria. Seria como siempre que le exigía alguna explicación sobre algo que había salido mal en el trabajo, siendo que ella había dejado órdenes explícitas de lo que se debía hacer y él lo había hecho al revés.

—¿Acaso tú no escogiste el lugar? Dime tú de qué va esto. Yo ni idea de qué sirven aquí.

—Tienes hambre, ¿verdad? —Sienna entrecerró sus ojos y él asintió.

—Mucha.

—Pues me refería a esto. —Y su dedo índice se movió apuntándolo a él y luego a ella en un vaivén imponente.

—Te amo —confesó Jeremy—. Quiero todo contigo, Sienna. Sin embargo, te dejo a ti la decisión porque no quiero acaparar parte de tu vida siendo yo mayor que tú. Además...

—No sé ser una novia. Nunca tuve un novio. Y no seré una novia convencional —lo interrumpió ella.

—Perfecto. Yo nunca tuve una novia...

El suave murmullo de fondo y la iluminación cálida de Caffé Capri los envolvía, reflejándose en las antiguas columnas de piedra del salón. El mozo, un hombre impecable y de gestos amables, se acercó a la mesa de madera con las cartas listas para retirar.

—Buenas tardes —saludó midiendo la evidente complicidad entre ambos—. ¿Listos para ordenar?

Jeremy, quien nunca había abierto la carta, respondió:

—Listos. —Con una seguridad aplastante, como cuando cerraba un contrato de trabajo, miró al mozo y lanzó—: Carne de ternera con tallarines a la boloñesa. Que predomine la carne.

Y Sienna rio. Ese hombre moriría si le faltara la carne.

Jeremy entendió su pensamiento a la perfección, así como sabía con exactitud qué ordenaría ella, pero jamás se atrevería a opacar su voz. Esperó en silencio.

—Para mí *seafood ravioli*, por favor.

—Y nos gustaría una botella de *chianti* de la casa, gracias —remató Jeremy.

El mozo anotó con rapidez, retiró los menús con un leve asentimiento y se alejó en silencio hacia la cocina. En cuanto se quedaron solos, la atmósfera íntima y privada volvió a cerrarse sobre ellos. Sienna se reclinó en su silla, cruzando los brazos con una ceja arqueada.

—Conque nunca has tenido novia, ieh! —El tono irónico de ella lo hizo reír.

—No. He tenido mujeres sin compromiso. Nunca llevé nada serio con nadie. Y con Ernestina, simplemente me casaron. Así que no sé lo que es estar en una relación por amor. Eres la primera mujer de la que estoy enamorado y con la que deseo compartir mi vida. Contigo es diferente. Tú me importas. Quiero lo mejor para ti. Las demás

solo pasaron por mi vida, me daba lo mismo sus edades; sin embargo, a ti te amo y no quiero joderte la vida. Quiero que seas feliz.

—Soy feliz. ¡Mírame! Voy a pasar Navidad contigo. Eso es mucho, créeme.

—Me da rabia haber dejado pasar el tiempo. Si hubiera tenido el valor... —Se calló, incapaz de poner en palabras el peso de los años perdidos.

Ella le cogió las manos.

—Vive conmigo el ahora. —Se miraban como quien encuentra un refugio seguro después de una larga tormenta; en sus ojos no había prisa, solo una calma profunda—. Jamás dejé de buscar a mi hijo hasta que lo encontré; sin embargo, no tengo el valor para decirle la verdad y creo que nunca lo tendré, pero la vida me está dando una posibilidad para intentar ser feliz. Y no voy a dejarla pasar. No puedo ni quiero juzgarte por tu pasado y sí quiero construir un futuro contigo.

—¿Aceptas ser mi novia, Sienna Mitchell?

—Acepto.

—Y yo aceptaré pasar la Navidad en otro sitio si tú no quieres estar aquí.

—Jamás te apartaría de tus hijos.

—Mis hijos son adultos y tienen sus vidas. Y no olvides que tú eres mi vida ahora.

—Pasaré la Navidad contigo, Jeremy, aquí. Hasta me atreveré a cocinar.

—Y yo me atreveré a invitarlo. —Ella comprendió de inmediato y el corazón de se le encogió de temor.

—Tal vez deberíamos ir más despacio...

—No. Ya hemos perdido mucho. No te dejaré renunciar a él. Ya

no estás sola, estoy contigo. Esto no es un capricho, Sienna, te amo. Y te ayudaré con tu hijo.

Sus preciosos ojos violetas se cubrieron de lágrimas.

No entendía cómo algo bonito podía estar sucediéndole.

Sonrió.

No buscaría explicaciones. Se entregaría a ese instante. Se merecía ser feliz. Se merecía cada gota de bienestar que la vida le tuviera reservada... se merecía forjar un nuevo camino al lado de Jeremy Moore.

Y con el convencimiento de que hacía lo que en verdad quería, abrazó esa nueva promesa.

Confiaría en ellos, juntos.

—No voy a abrumarte, pero quiero que sepas que no estoy dispuesto a estar lejos de ti. Me mudaré al pueblo.

—¿Y el rancho?

—James lo lleva a la perfección. Además, como ya sabes, no me interesa más allá de lo que económicamente puede reeditar. No me atan las tierras, ni los animales ni el lugar. Desde hace años estoy amarrado a ti. Y estos cuatro meses lejos han sido suficientes para entender que te quiero en mi vida, de todas las maneras posibles. Y como todo lo de la oficina lo he mudado para el rancho, acondicionaré la vieja casa. —Sonrió—. Estaré a cuadra y media de ti.

—¿Y si te quedas conmigo?

—¿En tu casa? —Sienna se mordió el labio a la vez que asentía.

—No hay mejor lugar en el mundo que a tu lado. —Él tendió su mano y acarició su mejilla—. Quiero todos tus días, con tus virtudes y tus defectos. Quiero cada momento, los de dolor y los de felicidad. Quiero llenar cada espacio con tu presencia. —Sus manos abarcaron las suyas—. Realmente no sé qué decir para que te des cuenta de lo

importante que es para mí la oportunidad que me estas brindando.

El mozo se acercó a la mesa con paso ágil, sosteniendo los dos platos humeantes que sabotearon la conversación. Con un ademán ensayado y profesional, el hombre hizo su trabajo.

—Buen provecho —anunció, inclinándose para colocar los platos.

El aroma denso y reconfortante de los tallarines a la boloñesa se apoderó de inmediato del espacio de Jeremy. Tenía hambre. La salsa roja y brillante cubría una generosa y contundente porción de carne de ternera junto a la ya picada, justo como a él le gustaba.

Frente a Sienna, el mozo depositó con delicadeza el plato de *seafood ravioli*. El vapor sutil que desprendía la pasta rellena de mariscos trajo consigo un aire sofisticado y fresco, decorado con un toque de salsa ligera que contrastaba con la robustez del plato de su compañero.

Los olores se habían enlazado creando un único e intenso aroma que evocaba la unión de ambos. Al igual que sus platos, ellos eran muy diferentes, pero se complementaban con la certeza de que habían sido moldeados para estar juntos. La vida se había encargado de entrelazar sus caminos; y aunque se resistieron durante años, el hilo invisible que los unía terminó por tensarse del todo. Se pertenecían; estaban en el lugar correcto: cada uno en la vida del otro.

—Está delicioso. —Verla comer era toda una ceremonia.

—No te diré lo que estoy pensando —dijo él haciendo una mueca pícara.

—Ya te dije, Moore, que deberás demostrarme con acciones cada palabra que ha salido de tu boca. —Cogió la copa de vino sin apartar su mirada de la suya y bebió—. Y has dicho mucho.

—No me iré de tu lado, Sienna. Sabes lo que eso significa, ¿no?

—Que te quedarás conmigo —se disculpó por hablar con la boca

llena.

—A partir de ayer.

—¿No volverás al rancho? —Él negó con la cabeza.

—De regreso pasaremos a buscar ropa.

—¿Y el trabajo?

—Me he tomado vacaciones.

—Pero...

—Pero ¡qué! ¡Soy el jefe! ¡Que sirva de algo!, ¿no? James se encargará de todo.

—Ya has hablado con él, ¿verdad? —Jeremy asintió.

—Solo le he dicho que esta semana iba a estar algo ausente. Sin embargo, tendré que sentarme a hablar con él largo y tendido, porque no pienso seguir haciéndome cargo del rancho.

—¿Qué? ¡Estás loco! ¿De qué vivirás?

—He comprado propiedades a lo largo de mi vida, las cuales me generan cierta renta que he estado ahorrando. Ya te he dicho que no me agrada el rancho, por lo que este es el momento indicado de soltar. Solo tú ocuparás mis días.

—¿Y tu madre?

—Ella hizo su vida y de cierto modo planificó la mía. Deberá vivir con lo que cosechó.

—¿Y tus hijos? ¿Qué va a hacer Helena?

—Helena va a casarse con su abogado. Está muy enamorada. Y tendrán hijos o no, no sé. Mi vida es mía y pienso vivirla junto a ti. ¿Hay algún problema con que seas el eje de mi existencia? Te he dicho que quiero todo contigo, Sienna, y lo he dicho muy en serio. Sin embargo, no invadiré tu espacio. Respetaré tus decisiones. Si deseas que viva contigo, lo haré. De lo contrario, viviré cerca de ti. No voy a dejarte sola. Y no te propongo matrimonio porque ya me has dicho que voy muy rápido.

—No puedes casarte. Ya lo estás.

—Soy viudo. —Sienna se mordió el labio inferior—. Soy viudo. Para el estado de Texas, toda América y el mundo, soy viudo.

—Tus hijos merecen la verdad.

—Tal vez. Pero que sean ellos los que la encuentren. Es un hecho fehaciente que su madre no los quiere. ¿Qué prefiero? ¿Que sigan sus vidas creyendo que su madre los amaba y murió? ¿He de decirles que está viva, que no los quiere y que los abandonó? —Se sostuvieron la mirada—. Elijo la primera opción. Y si la vida se encarga de demostrarle que esa mujer les falló, pues asumiré mi parte de culpa en el momento preciso. Ahora elijo ser feliz porque me lo merezco, y tú eres mi felicidad. Y sí, quiero que te cases conmigo cuando estés preparada. Sería un honor para mí.

—Creo que estoy lista para ir a comprar los regalos de Navidad.

—Creo que lo dejaremos para la semana próxima. —Ella enarcó una de sus cejas—. Nos hemos olvidado de que no puedes caminar.

—Es verdad. —Sonrió como si fuera una niña—. Podríamos tomarnos unos helados.

—No hay un mejor plan a las puertas del invierno.

Disfrutaron de la tarde compartida, saboreando un tiempo que parecía pertenecerles solo a ellos. Cada segundo fortalecía esa complicidad y la profunda conexión que los unía. Y a pesar de que Sienna jamás podría cerrar su herida, la compañía de Jeremy la mitigaba. Había olvidado cómo era el amor, y redescubrirlo ahora, y con él, era increíble.

No se atrevería a juzgarse, solo se permitiría ser feliz.

La ruta los acogió, y entre risas y planes llegaron al rancho sobre la puesta del sol y no se detuvieron en la casa grande, sino que recorrieron el camino del bosque hasta el lago, pues Jeremy amaba

contemplar el atardecer desde allí. Tomaron el camino angosto y el cielo se abrió a sus ojos. La puesta del sol era increíble. El bosque se proyectaba con sus sombras largas y azuladas sobre el agua quieta; el cielo se encendía en tonos de oro viejo, ámbar y un rosa pálido que se diluía en la penumbra del este; el aire frío de mediados de diciembre transportaba el olor a tierra seca, pino y la promesa de una noche estrellada. Los últimos rayos de luz se filtraban entre las ramas desnudas de los robles, resplandeciendo como destellos de fuego sobre la superficie del lago. Un silencio espeso, solo roto por el crujir de las ruedas sobre la grava y el canto lejano de las aves nocturnas, terminó por envolverlos en una atmósfera interminable de confianza y amor.

—Siempre he considerado a este lugar mi hogar. Hoy..., ahora, puedo dejarlo atrás y refugiarme en ti. Tú eres mi hogar, Sienna, el tiempo que tú quieras serlo.

Los ojos violetas de ella brillaron al cristalizar sus lágrimas.

El impacto de sus palabras la enmudeció y comprendió la profundidad del amor de Jeremy. Se mordió el labio inferior para luego enarbolar una sonrisa de alegría que derivó en un llanto descontrolado. Toda su vida había estado sola. Noche tras noche. Día tras día. Con sus miserias, su dolor y sus lágrimas. Y él insistía en ser parte de ella. Sabía su historia y sabía que su corazón estaría quebrado siempre, y aun así buscaba estar a su lado. Se sintió amada por primera vez. Se abalanzó sobre él, envolviéndolo en un abrazo desesperado. Escondió el rostro en su pecho y dejó que las lágrimas fluyeran; él simplemente la sostuvo, acariciándole el cabello en un silencio protector.

Después de unos momentos de calma, se incorporó despacio, reteniendo el aire en pequeños espasmos. Lo miró a los ojos y supo con exactitud lo que él estaba pensando.

—No sirve de nada lamentarse por lo que ya no podremos recuperar. El ayer nos enseña a moldear, de alguna manera, el mañana.

—Es verdad. Y no quiero seguir perdiendo el tiempo. ¡Vayamos por mi maleta!

—Estás loco —susurró ella.

—Por ti.

Dejaron atrás el esplendor del cielo y regresaron a la casa grande. Allí Maggie, la madre de Jeremy, y sus amigas, Maddie y Lilia, los recibieron sin asombro y con alegría. Es que ya intuían que la cosa iba en serio, pues el muchacho —como ellas le decían a Jeremy— no había regresado al rancho desde el sábado por la tarde y ya estaban a lunes por la noche. Y si ahora estaba allí con Sienna era por una única razón y Lilia lo sabía: él se iría. Se iría como siempre había querido. Ella entendía que no le agradaba la vida en el rancho y por eso había desarrollado una admiración profunda por Jeremy, porque sabía que se había encargado de todo, contra su voluntad, por amor a sus hijos. Era momento, luego de treinta y tres años de agobio, de que fuera feliz.

—Ya te he preparado la maleta. —Sonrió Lilia—. Tienes lo esencial. —Se la tendió, pues ya sabía que iría por ella—. En el transcurso de los días te irás dando cuenta de lo que no me he percatado y lo comprarás. Empieza tu nueva vida con cosas nuevas. No arrastres lo viejo. No lo hagas.

Jeremy sabía que Lilia tenía sus creencias. Si bien era católica, su abuela era nativa de América y sus credos se habían sincretizado, y sostenía que había que despojarse de lo antiguo para lograr un buen comienzo.

—Gracias, Li. Mamá. Maddie. Ha sido un honor vivir con ustedes, ahora lo haré con Sienna. Desde hace unas horas, es mi novia. —La

cara de su madre era de cuento, no entendía y quería respuestas—. No, mamá, no hablaré de mi vida en estos momentos. Ya habrá una oportunidad. Nos vemos en Navidad. —Le dio un beso a su madre y a las demás—. Lilia, dile a James que mañana por la mañana me vea en la oficina luego de que ponga el rancho en marcha.

La mujer asintió.

Jeremy tomó a Sienna de la mano y la ayudó a subir a la camioneta.

Se montó en el vehículo y se marcharon.

Para el mundo exterior podría haber sido precipitado refugiarse bajo el mismo techo, edificar un hogar mutuo; sin embargo, para ellos era el alivio inevitable tras tantos años de silencios compartidos. No necesitaban los meses de gracia que se conceden los extraños para descubrir qué café prefiere el otro por la mañana o cómo reacciona cada uno ante el mal humor del otro o ante la mismísima alegría. Habían pasado más horas juntos conviviendo en el trabajo que en sus propios hogares. Se habían visto cansados, enfermos, con el polvo del camino de la vida pegado a sus espaldas, con las ojeras del insomnio marcadas en sus rostros. Funcionaban con la precisión de un reloj suizo y la complicidad de un matrimonio viejo. Una mirada bastaba para que ella supiera qué le aquejaba a él, tanto en lo físico como en lo emocional. Y lo mismo le sucedía a Jeremy, solo bastaba mirarla para saber cómo estaba ella. Conocían sus miserias, sus accesos de orgullo y sus virtudes más silenciosas. Lo único que les faltaba era cruzar el umbral de la intimidad de sus cuerpos. Mudarse bajo el mismo techo no era un salto al vacío, sino la entrega definitiva al lugar que siempre les había pertenecido, porque al derribar los muros de sus secretos se había extinguido la última barrera que sostenía sus vidas separadas.

Y Jeremy se despojó de todo lo suyo y abrazó el refugio de la mujer que amaba.

Y Sienna se dejó amar.

Epílogo

El tiempo en Wixon Valley continuó su marcha.

La Navidad cobró un nuevo sentido para Sienna al verse rodeada de una familia y disfrutando de la calidez de un hogar junto a su hijo, sin que él sospechara el lazo que los unía, y ese fue el día más emotivo de su vida. Y comprendió que debía atreverse a los cambios. Que cambiar no significaba dejar atrás, sino complementar, atreverse a salir del confort del espacio que ella misma había creado para descubrir que el amor no pide sacrificios eternos en la soledad. Comprendió que la vida, después de haberle arrebatado tanto, le estaba devolviendo pedazos en forma de un nuevo comienzo. Al mirar a Jeremy parado junto a la ventana, observando con absoluta devoción el milagro silencioso que acababa de ocurrir en su sala, Sienna supo que ya no tenía que protegerse del mundo. Cambiar era permitir que la mano firme de ese hombre sostuviera su mano herida. Y por primera vez en diecisiete años, el futuro dejó de ser una posibilidad dolorosa para convertirse en el hogar que estaba lista para habitar. Aceptó que podía ser feliz siendo una madre en las sombras y una mujer plena con Jeremy.

Y el año nuevo comenzó con su mano enlazada a la de él, pues el 1 de enero se desposaron. No había razones para postergar lo

inevitable, eran dos personas que deseaban vivir sus vidas juntas y la alianza matrimonial solo honraba esa unión. La celeridad del enlace no fue un impulso repentino, sino el acto de madurez más puro de sus vidas, la decisión tenaz de no querer vivir la vida el uno sin la otra. Coronaron su amor con entrega total.

Ahora, en la intimidad de su hogar, las ventanas de la casa reflejaban el frío enero de Wixon Valley, pero en su interior, el invierno de sus vidas había dejado de existir. Ya no había deudas con el pasado ni silencios que proteger; las sombras de los últimos diecisiete años se disiparon ante la luz de un presente compartido que no exigía explicaciones, solo presencia. Sienna miró el anillo en su dedo, no como un pacto con el destino, sino como el faro que la traía de vuelta a la vida. La herida seguía allí, pero ahora, sostenida por la mano de Jeremy y bendecida por la cercanía silenciosa de su hijo, se había transformado en el cimiento de su propia paz. Y Jeremy encontraba en ella el remanso espiritual que le había sido arrebatado en su juventud.

Él se acercó a ella y la rodeó con sus brazos.

La miró de esa manera como solo él lo hacía.

Y la besó.

Y fue un beso que evocaba no solo el amor, sino la pasión que los envolvía.

—Sabes que adoro besarte, ¿no? —susurró él a su oído.

—Ya me lo has demostrado. Vas bien, Jeremy Moore. —Él sonrió recordando lo que ella le había dicho: «Tendrás que demostrarme que me amas».

—Soy el hombre más feliz del universo. Y creo que ha llegado el momento de decidir dónde queremos vivir. ¿Deseas hacerlo aquí?

Sienna lo miró con intriga, entrelazando las manos detrás de su cuello.

—No me importa el lugar. Me importa el espacio que comparta contigo. ¿Tú qué quieres?

Jeremy inclinó la frente hasta rozar la de ella, aspirando el aroma de su cabello.

—Sabes que me haces sentir amado, ¿no?

—Es porque te amo, zonzo. —Acarició su mejilla—. Demasiado.

—También te amo, preciosa. Y quiero un porche donde podamos tomar el primer café sin mirar el reloj —confesó él, con una voz suave pero firme—. Quiero un jardín que no necesite muros altos y una cocina lo suficientemente grande como para que no choquemos el uno con el otro mientras preparamos la cena. Tal vez es hora de que dejemos Wixon Valley.

—Aquí está tu trabajo. No querrás perder la exactitud del manejo del rancho.

—Me arriesgaré si eso significa ganarte a ti a tiempo completo —replicó él, besando la punta de su nariz—. Además, ya hemos trabajado demasiado. Nos merecemos un poco de desorden.

Ella apoyó la mejilla en su pecho, escuchando el latido constante de su corazón.

—¿Qué has hecho, Jeremy Moore?

—¿Cómo sabes que he hecho algo?

—Porque hay seguridad en tus palabras —susurró ella.

—He vendido el rancho.

—¡¿Qué?! —La calma de Sienna mutó en desconcierto.

—Parte de las tierras. No me parece justo que James deje su vida allí por nada. Él ama ese lugar, la vida de campo, hacer su trabajo. Es inteligente y sabe llevar todo solo. No hay nadie mejor que él para Ithambe.

—Eres un hombre increíble.

—¿Por vender un rancho?

—Por vendérselo a alguien que no puede pagar su precio.

—James pagará; a su manera y de a poco, pero lo hará.

—Se lo has dejado en cuotas fijas por mes, ¿no? —Él sonrió por lo bien que ella lo conocía.

—Me he quedado, hasta que las brujas mueran, con el casco que rodea la casa. Y la calle que lleva al lago, junto al lago y el bosque, son míos hasta que yo muera. Mientras tanto él puede usarlos en usufructo, luego pasarán a su nombre.

—¿Y tus hijos?

—Aún no lo saben. Aunque debo decir que James ya se lo ha consultado a Aaron. Ellos piensan que no lo sé. —Sonrió—. Tal vez puede que también se lo haya dicho a Helena. James jamás pasaría por encima de ellos. Sin embargo, es mi decisión.

—¿Y qué sucederá con la comercialización? ¿Los activos ganaderos? ¿Y el circuito local? ¿Y los lotes de producción? ¿Y el programa Go Texan? —La cara de Sienna era de cuento—. ¿Qué harás con el mercado intrarregional?

—¡Guau! ¿Sabes que cuando te fuiste me dejaste solo con todo eso, ¿no? Pues que no te preocupe ahora. Iremos a medias con el negocio. James ha aceptado ser mi socio. Mañana firmaremos los contratos que avalen la sociedad. Eso lo ayudará a él más de lo necesario para poder abonar la cuota de la venta y me reeditaré a mí un sueldo mensual. Claro que no voy a abandonarlo, él deberá aprender todo sobre el manejo referente a la administración y gestión comercial. Tendrá que convertirse en un buen director general de Ithambe o relegar y buscar quien le ayude. Por lo pronto es el nuevo administrador del rancho. Luego de que de abone el sesenta por ciento del pago, podrá hacerse cargo en su totalidad de las tierras.

—¿Y cuándo se concretará la venta de las tierras?

—Los abogados ya están trabajando en ello, lo que significa que me he tomado vacaciones.

—¿No me digas? —Sienna lo miró con una mezcla de asombro y picardía—. ¿El gran Jeremy Moore se tomará más días libres? Cuidado, el pueblo podría colapsar.

—Que colapse —respondió él sin pestañear, besando sus labios—. Wixon Valley puede sobrevivir sin mí. Además, tengo un asunto mucho más urgente que atender.

Jeremy sonrió, disfrutando de la cara de incredulidad de Sienna, y deslizó con suavidad la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Cuando la retiró, traía consigo un sobre de papel grueso de color crema. Lo extendió hacia ella con una mirada brillante, cargada de una expectación casi infantil que ella rara vez le había visto durante sus años compartidos en la oficina.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, aunque su corazón ya había empezado a acelerar el ritmo.

—Ábrelo.

Con dedos ansiosos, Sienna rompió el sello. Al deslizar el contenido, se encontró con dos pases de abordar impresos. Sus ojos recorrieron rápidamente las letras negras: el punto de partida era el aeropuerto de Houston, con una conexión directa que los depositaría en los cielos de Florencia, Italia. Lo que la dejó sin aliento no fue solo el destino, sino la fecha de partida.

—Jeremy... —susurró, levantando la vista hacia él con los ojos cristalinos—. Esto es en dos semanas. No queda nada.

—Exacto. Quería que fuera antes, pero debo enseñarle a James cómo hacerse cargo de la parte empresarial y pedirle a Helena que lo ayude.

—¡Olivia! —exclamó Sienna con entusiasmo.

—¿Quién?

—Olivia es la persona que necesitamos. Estudió Administración Empresarial y trabaja en la veterinaria de peluquera canina porque no consigue empleo. No la contratan porque no tiene experiencia.

—¿Y cómo va a hacer experiencia si no la contratan? —se enfadó Jeremy.

—Eso mismo pienso yo. Sin embargo, la contratarás tú. Le aviso a Helena y mañana mismo le pido que venga hasta aquí. Les enseñaremos a ambos cómo llevar las riendas del rancho.

—¡Esa es mi mujer! —La abrazó con fuerza, transmitiendo en ese gesto un «gracias» infinito—. No esperaba menos de ti, preciosa.

—¿Por qué has elegido Florencia cuando a ti te encanta Inverness?

—Porque te he visto horas mirando Pienza en el ordenador. Nunca me lo has dicho, pero sé que ese pequeño trozo de Italia llena tu corazón de alguna manera. Lo he visto en tus ojos cada vez que recorres sus calles a través de la pantalla.

Sienna se lanzó a sus brazos.

Que él se hubiera dado cuenta del amor que ella sentía por esas tierras le llenó el alma.

—Son las tierras de mi bisabuela. La madre de mi abuela era italiana. Mi bisabuelo la conoció cuando viajó a la Toscana y la trajo para América. Mi abuela nació aquí, pero siempre me hablaba de los paisajes de su madre y de la serenidad infinita que se respira allí. — Se apartó apenas unos centímetros para buscar su mirada—. Siempre he deseado ir, perderme en sus calles anhelando recuperar la paz perdida, pero ahora esa calma ya me habita.

—Pues ha llegado el momento.

—Solo si luego me llevas a Inverness. Amaría verte vestido con *kilt*.

La sola mención de la prenda desató un incendio en su mente. De pronto, la fantasía de sus manos tirando del pesado tejido, descubriendo la piel de su esposo bajo la luz de las Tierras Altas, la golpeó con una urgencia abrumadora; el aire se le volvió denso en la garganta mientras tejía las secuencias. Sin embargo, la risa abierta y divertida de Jeremy rompió la atmósfera sensual de su imaginación, desatando un adorable enfado en ella.

—No sé de qué te ríes. Tu cuerpo es perfecto para lucirlo. A mí me enloquece. —Sus manos se concentraron en los botones de su camisa—. Muero por despojarte del broche que sostendría el tartán. Y sobre las piedras...

—Tú me vuelves loco, Sienna.

Su voz descendió a un murmullo espeso, quebrado por la urgencia. Sus ojos, oscurecidos por el deseo, la recorrieron con una lentitud abrasadora mientras su mente daba paso a sus preciosas manos tirando con desesperación de aquel broche. Un calor denso se instaló en su pecho. Sus manos bajaron posesivas hacia sus caderas, apretándola contra él, mientras una llamarada de pura lujuria le nublaba el juicio. Ya no quedaba espacio para la paciencia.

La devoró con la mirada antes de que sus instintos tomaran el control absoluto.

Sus respiraciones se volvieron pesadas.

Sienna, incapaz de contener el impulso, se dejó guiar por el hambre que sentía de él.

Jeremy, acunando su rostro entre las manos y embriagado por su aroma, descendió sobre su boca en un beso feroz. Y sin preámbulos, la mesa los recibió.

Fin...

Sienna y Jeremy cargan con pasados turbulentos y dolores emocionales que han marcado cada una de las decisiones que toman.



Sienna Mitchell es una mujer segura de sí misma, forjada por el dolor y reconstruida mil veces por la esperanza. Atada a un pasado que la condujo hasta Wixon Valley dieciséis años atrás, decidió echar raíces como la mano derecha de **Jeremy Moore** en los asuntos del rancho. Ella conoce todo, cada silencio y cada sombra; sin embargo, está cansada de ser invisible y de tener que lidiar con las conquistas pasajeras de un hombre que no ve más allá de sus narices. Decidida a no ignorar sus sentimientos, **entiende que es momento de alejarse y seguir su propio camino**, dejando atrás el trabajo que los ha unido por tanto tiempo.

Jeremy Moore es un hombre con raíces profundas, un ranchero que ha dedicado su vida al trabajo duro y a la protección de los suyos. Su mundo es previsible, marcado por los ciclos de la tierra y la lealtad a su legado; pero se ha empeñado en vivir con la ligereza de una juventud que ya no posee porque no se atreve a amar. En ese caos controlado, **Sienna ha sido su única constante**, ese tesoro que no se atreve a reclamar: incondicional e inalcanzable.

Sin embargo, ante la inminencia de su partida, Jeremy se enfrenta a una realidad que no puede ignorar: el vacío que deja su ausencia es más profundo que cualquier herida del pasado. Ahora **tendrá que decidir si luchar por la mujer que siempre ha amado o dejarla ir.**

Elizabeth Ellis, nació en 1981. Escritora de romance. Sus novelas se ambientan en el siglo XIX, aunque puede que la imaginación la lleve más lejos o la acerque a la contemporaneidad. Ha estudiado Historia. Le encanta diseñar ropa. Ama leer, imaginar mundos y escribirlos. Entre sus autores favoritos están JRR Tolkien, Jane Austen, Emily Bronte, Lisa Kleypas, Olivia Ardey, Meagan McKinney, entre otras. Le apasiona aprender Historia, Geografía y Letras.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: octubre de 2026

© 2026, Elizabeth Ellis

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Grga12

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-72-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



Penguinlibros

[1] Nombre dado por Roger e Isara Moore al rancho familiar que ha pasado de generación en generación. Significa Valle Esperanza. En zulú, *ithemba* es «esperanza».

Índice

Atardecer a tu lado

Nota de la autora

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Elizabeth Ellis

Créditos

Notas